

# LA CRISIS UNIVERSITARIA: CONTENIDO Y ESTRUCTURA PARA UNA UNIVERSIDAD COMPROMETIDA

Ronaldo Ramirez R.

## ALGUNAS ACLARACIONES PREVIAS

Estas notas han sido escritas entre enero y febrero de 1969, aproximadamente ocho meses después que la renuncia del Rector de la Universidad de Chile, don Eugenio González R., nos precipitara a académicos, estudiantes y funcionarios de este plantel, a un acalorado proceso de crítica y reforma de la Universidad.

Si bien es cierto que una sucesión de conflictos parciales, discusiones, comisiones y seminarios, han requerido nuestra atención durante varios años, no es menos cierto que el proceso iniciado en mayo de 1968 representa para la Universidad de Chile la agudización definitiva de su crisis actual; y para nosotros, individualmente considerados, un período de trastornos y casi abandono de nuestras tareas académicas, un período de debates y luchas en las cuales han ido quedando rebalsados algunos valores y personas, y han ido surgiendo nuevas y diferentes ideas para dar forma a una nueva y diferente Universidad. Un proceso doloroso, difícil, no siempre justo y a veces poco limpio. Pero en su conjunto necesario y positivo.

Hemos escrito estas notas por varias razones. La más importante ha sido, quizás, la necesidad personal de ordenar nuestras ideas después de casi un año de participar intensamente en la reforma de nuestra Universidad, en la que estudiamos y a la que dedicamos hoy, como académicos, la totalidad de nuestro tiempo. Durante este año hemos integrado una buena cantidad de comisiones y discusiones destinadas a definir el contenido y la estructura universitaria. En este proceso se han dado a conocer una gran cantidad de documentos, se han relatado numerosas experiencias. Se ha dicho y escrito abundantemente sobre el tema.

Nuestras ideas iniciales, aquellas con las que comenzamos a participar, han cambiado, cosa que nos alegra. El intenso intercambio de argumentos con profesores y estudiantes ha motivado este hecho. Muchas de las cosas aquí dichas ya lo han sido antes. Algunas por profesores que han escrito sobre la Universidad, otras por académicos y estudiantes en sus intervenciones orales. También esto nos parece positivo, porque lo que necesitamos con más urgencia es realizar un intenso intercambio de ideas que consiga crear un movimiento de opiniones en lo posible coincidentes en su parte central.

A pesar de que en lo fundamental de la definición universitaria pareciera existir acuerdo entre las personas que han participado de las dis-

cusiones en todas las universidades del país, hay varios puntos importantes en los que se han venido configurando posiciones diferentes. En varios trabajos nos ha llamado la atención la evidente y reconocida ausencia de un marco de referencia general, exterior a la Universidad, y que es el que en última instancia da explicación y sentido a la actual crisis. Dos trabajos tan completos como el Plan Vera (1) y el Informe Schiefelbein (2), que entregan una documentada visión de la realidad universitaria y una proposición de cambio estructural técnicamente fundada, dejan las cosas, en lo substancial, donde hoy están. Al no definir la existencia de ese marco de referencia, no asignan ningún sentido particular a la acción universitaria, salvo el aumento de su eficiencia.

Muchas de las proposiciones de ambos informes son impecables y no puede argumentarse contra ellas. Coincidimos por ejemplo con la casi totalidad de las 10 hipótesis del Informe Schiefelbein, pero nos parecen válidas en cualquier tipo de Universidad eficiente. Queda a oscuras lo más importante: justamente el tipo de Universidad que nos interesa. Una parte importante de nuestro esfuerzo ha estado dirigido a definir ese marco de referencia que da sentido a la crisis universitaria que permite una definición adecuada de ella más allá de la identificación técnica, de la que todos participamos.

De la misma manera, a primera vista parecería existir un amplio acuerdo en torno a la estructura departamentalizada de la nueva Universidad. Sin embargo en la definición e instrumentación que se está haciendo de esa estructura, ya en la práctica, se han tomado algunas decisiones discrepantes que sugieren diferencias serias de concepción. En esta materia nuestro esfuerzo se ha dirigido, más que a describir en detalle una nueva estructura, a definir lo que nos parece sustancial e irrenunciable en ella.

Estas notas no son el resultado de una investigación, son más bien un testimonio. El método usado parte de reconocer que somos personalmente el objeto y el sujeto de la situación, que vivimos en el centro de ella, la sufrimos, y por lo tanto tenemos la obligación de definirla. Estamos en la situación del investigador que, buscando un sujeto que le permita describir un caso, se encuentra a sí mismo. Nuestra identificación del marco de referencia, por ejemplo, describe aquellas fuerzas y tensiones que somos capaces de identificar actuando diariamente y con intensidad en la vida universitaria. Esta misma característica se mantiene a lo largo del trabajo.

En la configuración de las ideas anotadas en este ensayo han participado numerosísimas personas. Largas discusiones con los profesores Luis Izquierdo y Osvaldo Sunkel, y la lectura de sus trabajos, han sido decisivas en el cambio de las ideas iniciales. Los profesores Félix Schwartzman y Fernando Vargas, y los integrantes de la Comisión de Reforma de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo han contribuido en forma valiosísima en este mismo proceso.

Un papel muy especial le cabe al grupo de investigadores de IVUPLAN, que es, en última instancia, el medio donde nuestras opiniones se han ido formando. Asumimos personalmente la responsabilidad por las conclusio-

nes de este trabajo, ya que sería injusto trasladárselas, pero debemos agradecer la oportunidad que hemos tenido de trabajar junto a todos ellos

## 1º) UN MARCO DE REFERENCIA PARA LA CRISIS UNIVERSITARIA

### General.

La magnitud de la actual crisis universitaria es tema de controversia, como lo es la interpretación de cualquier fenómeno social. Lo que parece indiscutible es que tal crisis existe y que cubre por igual, aunque con intensidades variables, a las universidades nuevas y antiguas, famosas y desconocidas, del mundo desarrollado y subdesarrollado.

Los síntomas son numerosos y evidentes. Son fácilmente identificables para los que viven ligados a la Universidad. El más espectacular de estos síntomas es la frecuente paralización de la labor académica por la acción estudiantil, con su secuela de lucha callejera, agitación social, violencia y represión policial. El común denominador de estos síntomas parece ser la insatisfacción y la necesidad de cambios.

Insatisfacción de los académicos, investigadores y profesores, por los obstáculos puestos a su trabajo, por la incomprensión y la inercia de las autoridades, por la falta de motivación y proyecciones de su labor. En el caso específico de nuestros países, insatisfacción y dudas respecto de la validez de todo el quehacer académico, de sus objetivos, de su contenido, de su resonancia en un medio nacional que cada día retrocede más, en términos cualitativos. Insatisfacción estudiantil por las mismas razones, agudizadas por la creciente conciencia social y conciencia "del tiempo en que vivimos", entre los estudiantes.

Durante el proceso de reforma de la Universidad de Chile la profundidad y los alcances del fenómeno han sido definidos también de manera diversa y a veces contradictoria. Todas las variaciones han correspondido a distintas ubicaciones en una escala de valores cuyos extremos se caracterizan por la distinta percepción y gravitación del marco de referencia en que se inscribe la crisis universitaria.

Un extremo reduce de tal manera este marco, que toda la situación universitaria queda referida estrictamente a la Universidad, siendo posible expresarla en términos de eficacia, orden, racionalización, o, en el peor de los casos, ajustes estructurales. El otro extremo inscribe la crisis universitaria y la Universidad misma, en un marco social amplio, pero enfatiza de tal manera la gravitación de éste, que termina minimizando absolutamente la capacidad de la Universidad para desenvolverse con libertad. Termina por establecer una vinculación de tipo mecánica entre la Universidad y la sociedad. La Universidad pasa a ser una superestructura determinada rígidamente por la estructura socio económica, un ente pasivo o relativamente pasivo según el caso, mero reflejo de la negatividad de una sociedad clasista.

Resulta evidente el esquematismo y la inoperancia de ambos extre-

mos. Una Universidad abstracta y aislada, realizando juegos gratuitos con su estructura no es muy diferente de una Universidad tan rígidamente determinada que sólo ofrece como alternativa de cambio el de las condiciones sociales a través de la lucha política contingente. En ambos casos se está postulando algo inespecífico e inexistente.

Tampoco pensamos que se trate solamente de buscar un punto de equilibrio entre ambos extremos, ponderando de una u otra manera los diversos factores que intervienen en la vida universitaria. Pensamos más bien que el enfoque correcto se conseguirá aumentando la complejidad de la visión y no empobreciéndola artificialmente. Haciendo un símil que nos parece apropiado, creemos que debe abandonarse la búsqueda de una posición en un eje unidimensional, en la medida que nuestra propia capacidad de profundizar el problema nos lo permita. En cualquier caso, esto coloca en el primer lugar de nuestra tarea la definición correcta de un marco de referencia para la crisis universitaria actual y el establecimiento de una adecuada relación entre este marco y la Universidad.

### **Los componentes del marco de referencia**

El intento de definir correctamente un marco de referencia para la crisis universitaria amenaza con llevarnos a temas que exceden los límites de este trabajo. Dado que suscribimos la idea de que nuestro mundo es una unidad, un sistema total que integra y relaciona todos sus elementos y todas sus manifestaciones, no parece haber solución de continuidad en ninguna parte del sistema que nos permita decir que esto, y sólo esto, afecta a la vida universitaria.

Lo anterior parecería obligarnos a caracterizar la totalidad como marco de referencia de cada parte, tarea evidentemente superior y cuya envergadura escapa a nuestra intención. Resulta además que siendo válida la afirmación principal, es también poco operativa. La generalidad nos lleva a la indefinición y no hemos avanzado nada. Nuestra intención es, por el contrario, establecer un marco de referencia que pueda ser identificado como específicamente universitario, cuya validez sea clara y sus dimensiones precisas.

Pensamos que sólo en ese caso podremos establecer las causas de la crisis universitaria con idoneidad y podremos enunciar los medios para superarla. Y, lo que nos parece más importante, creemos sólo si es posible identificar un marco de referencia específico, podremos establecer también un verdadero compromiso entre la Universidad y la sociedad, un compromiso que pase con plena validez a través del quehacer de todos los universitarios, de manera que todos puedan reconocerlo como tal.

Me parece este tema de la mayor importancia, y quisiera agregar que, a mi modo de ver, uno de los defectos más evidentes de numerosas posiciones progresistas que participan de la Universidad es su inespecificidad. Utilizan un marco de referencia general, válido para cualquiera institución, y por lo tanto, fácilmente descartable por cada una. Simplemente

inscriben a la Universidad en un contexto social, que para el caso de América Latina es claramente conflictivo, y le asignan definiciones, responsabilidades y tareas de tipo también general, que van desde la participación en la revolución armada hasta la revolución funcionaria, según el caso. Con esto no comprometen a nadie. Definen lo mismo a la Universidad que a un cenáculo de escritores, a un pintor independiente, un sindicato obrero o un destacamento guerrillero, creando el mismo tipo de compromiso no específico para todos ellos.

El resultado más visible es la ausencia de compromiso real, la actitud declamatoria y la personalidad dividida. Se es revolucionario en el decir pero no en el hacer. Al no comprometer el quehacer universitario, en cuanto a quehacer universitario, en el cambio social, la dicotomía puede permanecer.

Por lo tanto, manteniendo como telón de fondo de nuestro pensamiento esa imagen de un mundo unitario e indivisible, nuestro esfuerzo se orienta a tratar de identificar aquellas manifestaciones de ese universo que somos capaces de percibir actuando fuerte y decididamente en nuestro quehacer universitario. Aquello que estamos en condiciones de ubicar y sostener porque de una u otra manera afecta nuestra labor diaria y la de los que nos rodean. Diremos que no es tanto un problema teórico, como una sistematización de la experiencia diaria, que tiene por lo tanto las limitaciones propias de nuestra capacidad de percibir, pero al mismo tiempo la fuerza de nuestra convicción. Porque lo que pretendemos anotar son aquellos acontecimientos universales que sirven de fondo a nuestra desazón, a nuestra insatisfacción.

Distinguimos por lo menos siete hechos, siete acontecimientos o situaciones de tipo general, pero suficientemente específicas como para constituir el marco de referencia de la crisis de nuestra Universidad.

Algunas de estas situaciones tienen validez universal, vigencia en cualquier latitud, en cualquier país y constituyen parte de la realidad que afecta a las universidades de todo el mundo. Otras son particularmente claras y evidentes en los países de América Latina. No todas son del mismo orden. Pero en su conjunto constituyen las fuerzas de orientación más específicas del sistema en que se inscribe la crisis universitaria. En la medida que las universidades están en condiciones de cambiar, de adaptarse y entrar en equilibrios con estas fuerzas de orientación y magnitud diferente, la estabilidad del sistema se mantiene y la crisis no se produce. En la medida que esto no es posible, la crisis general se precipita. Creemos que este es el caso actual.

Estas siete situaciones son, anotadas sin orden de importancia: la presencia de una revolución científica y tecnológica de una profundidad, extensión y aceleración tales, que condiciona todas las manifestaciones de la vida humana en cualquier nivel; el carácter masivo que ha adquirido toda actividad en nuestro tiempo, provocado tanto por el crecimiento demográfico como por la incorporación plena de grupos sociales, raciales y nacionales anteriormente segregados; la proximidad del futuro, como resultado de la aceleración de los cambios tecnológicos que abarcan toda la vida humana, con una fuerte implicación en la forma de educar y formar a una

juventud que vivirá o vive ese futuro; el agotamiento, y no reemplazo hasta la fecha, de los esquemas ideológicos-políticos, vigentes con toda fuerza hasta fines de la década del 40; el evidente deterioro, en todos los órdenes de la vida, de los países de América Latina, material, social y culturalmente, especialmente en términos comparativos; el reconocimiento del papel fundamental del conocimiento científico, de la creación de conocimientos en el ámbito de las ciencias naturales y sociales, del arte y la cultura, a través de la investigación en el medio nacional; y de la aplicación de estos conocimientos, en la tarea de construir un país y una sociedad avanzada; y por último, la constatación de que en los países de América Latina la mayor parte, por no decir la totalidad, de la investigación de alto nivel en los campos mencionados, se realiza en las universidades, hecho que les entrega a éstas una responsabilidad social de grandes dimensiones.

No creemos, naturalmente, que estos siete hechos anotados constituyen la totalidad de la compleja realidad del mundo ni de América Latina. Pero sí creemos que estas son las situaciones que están presionando a los intelectuales, y especialmente a las universidades de esta región, provocando su insatisfacción, su rebeldía, y creando las condiciones necesarias para un cambio profundo. Antes de seguir adelante, detallaremos en forma más precisa las razones por las cuales los hemos seleccionado.

### **La revolución científica**

Aunque pudiera parecer exagerado, anotaremos el significado exacto con que usamos algunos términos cuyo manejo diario por distintos sectores les da connotaciones muy diversas y a veces contradictorias. Por revolución entendemos un cambio cualitativo en el conjunto de propiedades de un objeto, una situación o un sistema, de manera tal que el nuevo cuadro no puede reducirse necesaria ni mecánicamente del inicial, en un tiempo relativamente breve.

Si aceptamos, aunque sea parcialmente, esta definición, resulta indudable que el mundo está viviendo una revolución científica-tecnológica de dimensiones lo suficientemente amplias como para abarcar todos los órdenes de la vida.

Una descripción afinada de los fundamentos y antecedentes de esta situación excede el marco de este ensayo, de manera que para explicar las razones de su inclusión usaremos el mismo método a que recurrimos antes: anotar aquellas manifestaciones que aparecen como sensiblemente presentes, evidentes, en el quehacer universitario.

Al margen de las manifestaciones más espectaculares, especialmente en el campo de la tecnología, hay varias anotaciones que pueden hacerse sobre el carácter de la ciencia en estos momentos y su relación con nuestra vida. La superación del mecanicismo y de la arrogancia determinista del siglo XIX, el paso a los conceptos relativistas, el uso de métodos probabilísticos, etc., han permitido a la ciencia sobrepasar el campo de la naturaleza y la energía para abarcar en todas sus dimensiones y connotaciones el

universo donde el hombre se desenvuelve, incluyéndolo a él mismo. Los métodos de las ciencias y el rigor del pensamiento científico alcanzan por igual la profundidad del hombre y de la naturaleza, las relaciones entre ambos y entre los hombres mismos, el arte, la historia, la filosofía, etc.

Despojada de todo dogmatismo, la ciencia se ha transformado en la mejor herramienta para conocer, comprender y crear, para el dominio y el cambio de la naturaleza, para la construcción de sociedades más justas, para el entendimiento objetivo y la unificación de los hombres en todos los ámbitos. Este amplio abarcar de la ciencia de nuestros días constituye, a nuestro modo de ver, la característica más relevante de la nueva situación.

Pero hay más razones de tipo general. El carácter totalizador de la ciencia de nuestros días ha permitido destruir las barreras que existían entre distintas disciplinas que se desarrollaban en niveles y a ritmos diferentes.

El uso de categorías, lenguaje e instrumental similares en terrenos aparentemente tan distintos, como las ciencias físicas y las ciencias sociales, resulta hoy natural. Esto ha permitido por una parte evidenciar el carácter unitario de los distintos campos del conocimiento y por otra, provocar una enorme aceleración a su avance en todos los ámbitos. Este carácter totalizador y esta aceleración en el avance científico constituyen otras dos cualidades distintivas del momento actual.

Vemos además otra razón, estrechamente vinculada a las anteriores. La relación entre la investigación científica y tecnológica —especialmente en el terreno de las ciencias naturales— y la vida ordinaria, lo doméstico, lo que afecta diariamente a los hombres y mujeres en su manera de vivir, se ha hecho tan estrecha, que se ha establecido una forma de relación directa entre la ciencia y la sociedad.

La ciencia ha dejado de ser algo alejado, propio de los laboratorios, practicado por personajes extraños, con frutos que en poco o nada afecta la vida diaria. O si lo hacen, es a tan largo plazo, que nadie está en condiciones de captarlo. Por el contrario, hoy los frutos de las ciencias actúan directa y prontamente sobre la vida de los hombres.

No se pretenda extraer de lo dicho una conclusión ingenua y falsa. Ni creemos en un mundo cuyos problemas han sido totalmente resueltos por la ciencia, ni pensamos que la ciencia sea la única herramienta para resolver todos los problemas. Simplemente estamos caracterizando a una de las fuerzas que actúan en el sistema inicialmente indicado, y como ella se presenta, entre otras cosas, estrechamente ligada a la vida diaria del hombre de nuestro tiempo.

La existencia de esta revolución científica, válida para todo el mundo, presente por omisión, por carencia, en los países subdesarrollados, especialmente en América Latina, constituye una de las fuerzas de orientación más decisivas que están actuando sobre las universidades, creando tensiones y motivaciones que inciden fuertemente en la vida universitaria. Aislada, la tensión provocada por la revolución científica no es suficiente para originar una crisis. Como parte de un sistema general donde actúan otras fuer-

zas de igual y distinto signo, frente a una Universidad con rigideces estructurales para el cambio, para la adaptación, constituye parte importante del marco de referencia en que se inscribe la actual crisis.

### **El carácter masivo**

Al identificar el marco de referencia no nos interesa, por el momento, definir la manera en que se establece la relación entre cada una de las situaciones que hemos mencionado y la crisis universitaria. Por ahora nos parece suficiente describir de manera adecuada el carácter de estas diversas fuerzas de orientación a través de su presencia en la vida universitaria.

En este predicamento hemos incorporado el fenómeno cuantitativo que vive el mundo, el carácter masivo que han adquirido todas sus manifestaciones como consecuencia del crecimiento demográfico y del avance social.

Siendo universal, esta situación adquiere características especialmente graves en los países subdesarrollados. En términos totales, las poblaciones de los países desarrollados crecen con menos velocidad que las de los países subdesarrollados.

Resulta así que aquellos países que hoy poseen mayor riqueza, mejor ciencia y tecnología, mejores medios de producción y más alta productividad, enfrentarán demandas sustancialmente menores que las que deberán enfrentar los países más pobres, sin ciencia desarrollada, con tecnologías atrasadas y baja productividad.

Esto referido a la provisión de las más elementales condiciones de vida, sin hablar de los frutos del progreso en sus niveles más sofisticados, y sin introducir en el cuadro la imagen de cataclismos, hecatombes nucleares ni otras interferencias similares. No es nuestra intención entrar en conclusiones de tino político-social, pero no hace falta hacerlo para imaginar que la situación sólo puede ser explosiva.

El aumento cuantitativo de la presión social, de la demanda creada en América Latina por los nuevos nacimientos y por la incorporación de sectores marginados sólo podrá ser contestada mediante un cambio cualitativo de las ofertas. Será necesario cambiar las estructuras sociales e institucionales, la forma de imaginar las respuestas y de programarlas.

La educación, la salud, la vivienda y la ciudad, la energía, el transporte, los alimentos, el trabajo, etc. etc., requerirán de nuevos enfoques para estar en condiciones de satisfacer a este aumento masivo de la demanda.

De la misma manera, la demanda social hecha a las universidades de la región, que es ya de gran envergadura, aumentará enormemente en el futuro inmediato. Surgirán nuevas necesidades científicas y tecnológicas, culturales y artísticas, mayor cantidad de investigaciones referidas al medio natural, para dar solución a los problemas sociales creados por las masas emergentes y a la ordenación del ambiente que integran estas masas. La necesidad de aumentar la formación de personal científico, técnico

y profesional de nivel medio y superior a un ritmo acelerado, la necesidad de contar en las propias universidades con una mayor cantidad de personal científico y docente de alta calificación, la presión social inevitable para abrir aún más las puertas de la Universidad al ingreso de las generaciones jóvenes, son parte del fenómeno que hoy ya están viviendo las universidades de los países subdesarrollados.

Podría argumentarse que en la situación de deterioro en que se encuentra América Latina difícilmente será a la Universidad a quien se le creen demandas masivas. Que no se necesita investigación donde nadie usa de sus frutos. Que no se necesita personal altamente calificado si no existen fuentes de trabajo para ellos, etc. etc.

Esta argumentación nos parece carente de sentido. La actual situación de América Latina no constituye una tara congénita, sino que es el producto de una dependencia global contra la cual hoy se lucha en todos los frentes. De una u otra manera, por cualquier vía, el tiempo próximo nos permitirá ver un cambio en esta situación, la ruptura del círculo degradante actual, y los pueblos de esta parte del mundo emprenderán conscientemente el camino de su desarrollo.

Pero suponiendo teóricamente la más pesimista de las situaciones; suponiendo que no se realicen en la región cambios estructurales substanciales; de todas maneras el impacto del crecimiento demográfico se hará sentir en las universidades. De hecho se hace presente desde hace bastante tiempo en ellas y constituye parte importante de sus tensiones.

Un estudio de 20 países de América Latina muestra que en el año 1900 existía en ellos 39 establecimientos universitarios o de educación superior; que en 1925 el número había subido a 49, en 1950 a 99 y en 1965 a 228. Una muestra más que evidente de la aceleración del proceso. En el caso de Chile, la matrícula universitaria presente, según varios informes que sólo tienen pequeñas diferencias, el mismo sentido de crecimiento acelerado: 20.440 alumnos en 1957 y 41.801 en 1965. (3). Una estimación del aumento para 1975, hecha de acuerdo a la tasa de crecimiento actual, eleva la matrícula universitaria de ese año a 96.000 alumnos. (4). Es decir, una población universitaria que se va duplicando cada 10 años. Cualquiera sea la situación social, esta demanda se mantendrá como mínimo. Puede ser substancialmente mayor; difícilmente será menor. Si se mantiene la situación actual, al ser la Universidad una de las únicas vías posibles para la juventud en un medio mezquino en oportunidades de trabajo, la presión será del tipo anunciado. El reemplazo de esta situación por otra en que la amplitud de las oportunidades abra más caminos a la juventud; la irrupción de las nuevas capas sociales, de nuevas necesidades y urgencias, crearán el mismo tipo de tensión.

¿Cuál ha sido la respuesta de la Universidad a esta demanda social, hasta la fecha? La Universidad se ha semiadaptado, se ha multiplicado y ha crecido. En Chile, de tres Universidades en 1925 se ha pasado a 8 en 1966. Las universidades se expanden por todo el territorio, cubriendo mediante Centros Regionales la demanda de las provincias. La Universidad de Chile pasa de 8 Facultades y 16 escuelas en 1940 a 13 Facultades en 1967 y 39 escuelas en 1960. En 1966 la cantidad de centros dedicados a la docen-

cia alcanza ya a 147. En 1940 las carreras profesionales ofrecidas eran 26, número que asciende a 65 en 1960 y a cerca de 100 en 1966. En conjunto, las 8 universidades chilenas ofrecen en 1968, 255 carreras profesionales que llevan a 153 títulos diferentes.

Pero es indudable que la multiplicación y el crecimiento tienen un límite crítico, pasado el cual toda la excelencia del cuerpo universitario se resiente, su calidad decrece y los resultados comienzan a ser negativos, por bien encubiertos y justificados que sean.

Resulta evidente que gran parte de la respuesta que obligatoriamente ha conformado la Universidad latinoamericana a las exigencias masivas de su sociedad, respuesta traducida en multiplicación y ampliación mecánica de su cuerpo, se ha hecho a costa de un descenso de su calidad académica. Y esta situación es la que ha originado otro importante sector de tensiones que conforman la crisis actual. La nueva Universidad que reemplace a la actual tendrá que ser una capaz de responder en forma cualitativamente diferente a la demanda cuantitativa. Tendrá que garantizar la calidad académica y responder a la demanda masiva simultáneamente, sin sacrificar ninguna en mérito de la otra. Tendrá que crear estas condiciones, en que el crecimiento y la multiplicación no constituyan la única variable en juego. Este desafío a la imaginación y a la creatividad de los universitarios constituye una de las fuerzas de orientación más importantes que nos hacen incluir al crecimiento cuantitativo como uno de los componentes del marco de referencia de la crisis universitaria actual.

### **La aproximación del futuro**

Estrechamente vinculada con la revolución científica y tecnológica surge una situación nueva, que hemos identificado como la "aproximación del futuro". El sentido aparentemente contradictorio de la denominación, que sugiere un juego de palabras, refleja con propiedad la particularidad de esta situación.

Caracterizando a la revolución científica y tecnológica destacamos como uno de sus rasgos más relevantes la notable aceleración de su avance. No se trata sólo de la alta velocidad de su desarrollo, sino de que cada vez se producen más cambios en períodos de tiempo más cortos, especialmente en el terreno de sus aplicaciones.

No es nuestro interés detallar hechos conocidos. No sabemos tampoco si existe una manera de cuantificar con precisión los valores de esta aceleración. Ni nos interesa por el momento. Lo que nos interesa es la manera en que esta situación afecta a los hombres y a las universidades de nuestro tiempo.

Pensamos que ambos se ven afectados de varias maneras. En primer lugar en la imagen de la organización del entorno, en la concepción del mundo y de los medios de dominio que se tiene sobre él. Sin duda esta imagen es cualitativamente distinta para una generación que no ve que ocurran grandes cambios en las herramientas y utensilios que usa, que no son di-

ferentes de los que usaban sus abuelos; que se desplaza usando los mismos medios y se relaciona de acuerdo a los mismos esquemas usados por sus antepasados; y la imagen turbulenta que construye una generación que ve cambios, en plazos breves, en la naturaleza de los esquemas sociales, en la fundamentación de sus herramientas y utensilios, en las velocidades, las formas de expresión, el alcance de su poder, el control de la vida y la muerte, etc. etc.

Existe una abundante literatura actual que trata el tema y predice la situación de la generación que nos seguirá. Por nuestra parte, nos parece que junto a la idea general anotada, hay dos hechos importantes, producidos por esta situación, que afectan directamente la vida universitaria: el debilitamiento de la capacidad de asombro; y el hecho, más importante aún, de que toda proyección y programación del futuro deja de ser una situación teórica, deja de ser una enumeración de situaciones que afectarán a otros, para convertirse en un presente, en el sentido de situaciones que nos afectarán muy pronto a nosotros mismos.

Omitiremos comentarios sobre el primer caso. Aunque es de enorme importancia nos parece que incide menos directamente sobre nuestro objeto. Sólo mencionaremos un ejemplo: hace poco más de 10 años el hombre lanzó un primer satélite artificial de la tierra, una pequeña esfera de algunos kilos de peso. Su lanzamiento produjo asombro y excitación mundiales. En este corto plazo se han lanzado cientos de satélites de todos los tamaños y pesos, tripulados de las más diversas maneras capaces de hacer las más variadas cosas y alcanzar las más grandes distancias; se han lanzado sondas a varios planetas y se ha volado en torno a la luna. Todo esto en poco más de 10 años. Parece ya un hecho natural. Y si a los mayores todavía les parece algo fantástico, pregúntese la opinión a un niño de 14 años y se verá que no lo es tanto. Excitante sí, por sus proyecciones, pero no asombroso.

La incidencia del segundo caso en nuestro tema es directa. No existe ya la posibilidad de imaginar un futuro posible y asignar su uso a hombres que no conocemos. Todo futuro predecible sobre la base del estado actual del mundo queda en márgenes de tiempo que lo transforman en presente, en una realidad que nos afectará a nosotros. Citaré dos ejemplos de distinto orden para ilustrar este hecho. Theodore J. Gordon relata el siguiente experimento (5): "El Dr. Olaf Helmer y sus colaboradores realizaron recientemente, en la Rand Corporation, un estudio sobre la técnica de la predicción. El estudio constituyó un ejercicio experimental de predicción y abarcó un período que se extendía CINCUENTA ANOS EN EL FUTURO (!). Además de producir resultados metodológicos, la experiencia arrojó sustanciales predicciones, a través de las cuales resulta posible formarse una visión del mundo y de sus problemas para dentro de cincuenta años.

El trabajo se realizó a través de diversos cuestionarios que fueron centrando los temas, colocando plazos, exponiendo razones, etc. etc. El resultado es una lista de situaciones nuevas en todos los terrenos, que configuran un mundo de fantasía para los próximos 50 años. Un mundo cualitativamente diferente que será vivido por la mayoría de los que hoy están vivos. Y lo más revelador: en la lista de avances espaciales figura con el nú-

mero 1º un encuentro orbital soviético y con el número 5º un vuelo tripulado norteamericano alrededor de la luna. Para esta fecha ambas predicciones son parte del pasado.

La irrupción del futuro en el presente, situación válida universalmente en la medida de que incluso los países más atrasados necesitan participar de parcialidades del mundo desarrollado, sería quizás un tema de especulación sin consecuencias si no planteara en forma precisa e inmediata, por lo menos tres problemas que se transforman en tensiones formadoras de la actual crisis universitaria: el del ritmo de avance del conocimiento, el de la facilidad para el cambio y el de la acción universitaria desde los fundamentos del conocimiento y no desde las aplicaciones de él.

El problema creado por el ritmo de avance es claro y general para todas las actividades del mundo subdesarrollado. No insistiremos en él. Pero los otros dos son problemas específicos: la facilidad para el cambio implica una estructura y una mentalidad universitaria susceptibles a cambiar. Veremos más adelante que la situación actual es justamente la contraria.

La acción universitaria: investigación, docencia y extensión, realizada desde los fundamentos del conocimiento, implica una universidad dedicada como tarea central a la creación de conocimientos, a la investigación científica, entendida como una acción global, en todos los terrenos. También en esto la situación es justamente la contraria.

Basándonos principalmente en la situación de las universidades chilenas, y en la cifras de la Universidad de Chile, podemos decir que la mayor parte de la acción universitaria ha sido la docencia, orientada hacia la formación profesional. Una docencia cuyo fundamento se encuentra más en la experiencia profesional no académica de sus profesores que en el conocimiento científico.

La investigación científica es nueva en la Universidad de Chile, como actividad generalizada: "la mayor parte de los organismos de investigación de la universidad han sido creados en los últimos 10 años.... Muy pocos son los que tienen 20 o más años de existencia (6). Según Scherz, en el año 1940 había en la Universidad de Chile solamente 3 institutos de investigación, número que había ascendido a 60 en 1960. Resulta indudable entonces que no existe en la Universidad más importante del país una tradición de creación de conocimientos, sino más bien una actividad docente que se ha fundamentado en dos bases extraordinariamente febles: la importación de conocimientos desde los países desarrollados, sin una crítica capaz de evaluar su validez en medios diferentes, y la generalización caprichosa de la experiencia profesional, extra académica, del profesor, capacitado las más de las veces sólo para explicar "como" se hace determinada cosa en la práctica. Una práctica generalmente pobre, repetitiva, rutinaria y atrasada.

Resulta entonces que frente a las tres exigencias originadas por la aproximación del futuro, las universidades chilenas, y probablemente la mayor parte de las latinoamericanas, aparecen en evidente contradicción, generándose así un cuerpo de tensiones de primera magnitud y una de las fuerzas de orientación formadoras de la actual crisis universitaria.

## El agotamiento de los actuales esquemas ideológicos

El tema es polémico, debido a la fuerte carga política que conlleva. Dado que el objetivo de este ensayo es obtener claridad sobre el problema universitario y no lograr puntos para una u otra posición política, abordaremos la situación desde un punto de vista académico, limitándonos a las líneas que nos parecen más importantes. Por otra parte, el tema está siendo tratado en este momento por los mejores especialistas en todo el mundo, con una amplitud y una profundidad mucho mayores que las que permiten los límites de este trabajo.

Al comenzar estas líneas hicimos referencia a la insatisfacción estudiantil de estos momentos. Parecería existir en el estudiante, considerado universalmente como una totalidad, una suerte de angustia, de resistencia a aceptar la validez de una superestructura cultural opresiva, cuyos valores han llegado a descomponerse de tal manera que parecería que el único destino posible es la adopción de un rol pasivo, la obtención de un alto ingreso para un alto consumo superfluo, y la renuncia más absoluta a cualquier significado, a cualquier trascendencia, a cualquier resonancia con una humanidad en tensión.

Esta angustia, que sobrepasa a los estudiantes extendiéndose a amplios sectores de la juventud y de los intelectuales, se hace presente con especial fuerza en las universidades. Son manifestaciones de ella las actitudes disonantes y espectaculares de la juventud, una cierta forma estrafalaria que tanto desconcierto produce en quienes están acostumbrados a reconocer la rebeldía estudiantil sólo en la forma de actos políticos de contenido claro. Postulamos que esta situación es el producto del agotamiento de los esquemas ideológicos, que traducidos en modelos de organización política, económica y social, bajo dos formas opuestas: capitalismo y socialismo, movilizaron a las generaciones anteriores.

Decir que el capitalismo y el socialismo son esquemas agotados podría parecer una aventura. Ambos aparecen como sistemas plenos de vida, desarrollándose vertiginosamente y entregando a los hombres que los viven toda clase de bienes materiales. Ambos agitan una serie de nobles principios trascendentes como base de su existir y justificación de su hacer. Las bondades de cada sistema son pregonadas por sus personeros en calidad de verdades absolutas. Sus respectivas miserias son señaladas por sus contrarios como crímenes contra la humanidad. En el mundo subdesarrollado ambos se señalan como la única alternativa para superar el atraso y la miseria, reivindicando uno la libertad y la tolerancia, otro la liquidación de la dependencia y de la alienación. Probablemente ambos contarán durante los próximos años con innumerables seguidores y defensores; pueblos enteros se decidirán por uno u otro. Visiblemente son las únicas alternativas válidas por el momento. Sin embargo sostenemos nuestra afirmación principal, porque ella se apoya no sólo en lo que ambos sistemas logran sino también y especialmente en lo que no logran.

Podemos aceptar que resulta arbitrario hablar de capitalismo y socialismo en general. Bajo la organización capitalista se ubican sociedades

mejores y peores, brutales y tolerantes, que aceptan y que rechazan el sistema. Bajo la organización socialista, mejor aún, bajo la inspiración socialista, se encuentran países, sociedades y grupos cuyos modelos son a veces diferentes, incluso llegan a ser irreconciliables, cuyas orientaciones pueden llegar a ser diametralmente opuestas. Pero para el objeto de este ensayo, nos veremos obligados a considerar sólo a los representantes más altos de cada sistema. Aquellos que han ido hasta sus últimas consecuencias en la aplicación de sus esquemas a la realidad. O que pudieron hacerlo. En un caso, los países imperialistas, en el otro, la Unión Soviética y las Democracias Populares. Los grupos disidentes de ambos juegan un rol positivo justamente en la medida que evidencian las fallas e inconsecuencias más notables de ambos modelos, pero no pueden mostrar en su apoyo el haber pasado con éxito la prueba de la realidad.

Evidentemente los esquemas ideológicos no se agotan e invalidan porque sí. Para que ello ocurra se necesita la evidencia de su fracaso en su aplicación a la vida. Es la distancia entre lo postulado y lo realmente alcanzado, y luego justificado, lo que produce la desilusión y el agotamiento.

Aquí radica la base de nuestra afirmación. Ambos sistemas han fracasado en el cumplimiento de su oferta más importante: un mundo y una sociedad capaz de garantizar la integridad del hombre, su pleno respeto, su libertad, su desalienación. Con diferentes medios, ambos sistemas han sido capaces de construir una sociedad tecnificada y de alta productividad. Ambos han sido capaces de distribuir ampliamente los bienes materiales producidos por esa sociedad entre los pueblos de los países centrales. Cuando no han podido hacerlo lo han prometido, y nadie duda de que esta promesa se cumplirá. Sin embargo, junto a una explosiva expansión de los bienes materiales, se han levantado sociedades masificadas y violentas, brutales a menudo, incapaces de resolver sus agudos problemas sociales, aplastantes de la individualidad y patrocinadoras de una libertad ficticia que ha restringido del todo los círculos de decisión. Una sociedad que cada día moldea de manera más contundente la mente de sus hombres mostrándoles un solo objetivo digno de alcanzarse: el consumo, mecanismo de garantía de la continuidad de los sistemas. Resulta curioso comprobar como por dos caminos tan distintos se puede llegar al mismo fin.

Esta situación ha gravitado fuertemente sobre las universidades, transformándose en una de las principales fuerzas que configuran la crisis actual. Su influencia se hace sentir por igual, de manera distinta pero clara, en las universidades del mundo desarrollado y del subdesarrollado.

Existe por lo menos una razón de tipo general para explicarse este hecho. Han sido los intelectuales, especialmente los jóvenes, los primeros en sentirse aprisionados por la situación y son los que primero han reaccionado. Siendo las universidades el lugar natural de su encuentro, han sido también las primeras en recibir la crítica más despiada y la revisión más profunda.

Ha sido denunciado el rol pasivo jugado por las universidades en lo que va corrido del siglo; en que han sucumbido, salvo excepciones, al brillo de la sociedad industrial, renunciando a jugar su papel crítico hasta las últimas consecuencias. Los intelectuales jóvenes, los estudiantes y acadé-

micos, han rechazado el enlace, tradicionalmente aceptado en estos tiempos, entre la Universidad y la sociedad, consistentes en poner a la primera al servicio "servil" de la segunda; traduciendo por servicio la simple formación de profesionales y técnicos de alto nivel, o la ejecución de aquellas investigaciones que el Estado requiere. Han rechazado este recurso de domesticación y han exigido a la Universidad asumir con absoluta independencia y propiedad su carácter crítico.

En el caso de los países de América Latina, hay otra razón que atañe directamente a las universidades. En estos países las alternativas visibles para el desarrollo han sido encauzadas, mediante estrategia políticas, en dos vías principales que persiguen como objetivo el modelo de sociedades desarrolladas, sean capitalistas o socialistas.

El agotamiento de los esquemas ideológicos que dan validez a estos modelos, y la cada vez más clara conciencia de sus debilidades y miserias, han empezado a descalificar estas alternativas. Además, la concepción misma del subdesarrollo ha llegado a evidenciar el carácter de dependencia que este estado implica en relación a las sociedades desarrolladas, (7) lo que deja fuera de cuestión la superación de estas condiciones manteniendo las leyes del sistema.

De esta manera, se plantea a los sectores intelectuales de estos países emprender la tarea de elaborar los modelos y las alternativas propias que permitan superar la actual situación. Modelos que para ser válidos no sólo tendrán que construirse con la experiencia universal, sino tendrán que fundarse en la realidad esencial de estos pueblos y su historia. Suponer que esta tarea se puede emprender al margen del conocimiento científico, significaría reconocer la imposibilidad de su realización. Aparte de la formulación política que esto pueda traer, será la investigación en la realidad Latinoamericana, en su historia, en sus hombres, sus recursos, su potencialidad, etc., la mejor herramienta para la formulación de sus modelos. Las instituciones mejor preparadas para realizar esta labor son las universidades de la región.

La compleja situación descrita, embrionaria por el momento, recién apuntando, aunque con fuerza en algunos sectores, constituye una de las tensiones más claras que configuran la actual crisis universitaria, al surgir un mandato diferente para éstas, tanto en el sentido de reasumir su rol crítico, como su rol creador y definiendo de manera específica la relación entre la Universidad y la sociedad.

## **El deterioro de América Latina**

El tema del deterioro de los países de América Latina en todos los órdenes de la vida material, social y cultural, es sin duda el más tratado en esta región desde hace años. Desde que los pueblos de esta parte del mundo adquieren conciencia de sus derechos y comienzan a hacer responsables del estado del desarrollo económico y social a los grupos que detentan el poder, el tema pasa a ser el objeto de atención de los gobiernos,

de comisiones internacionales, de las universidades y los investigadores en todos los campos de las ciencias, de los políticos y dirigentes sociales de cualquier nivel. Resultaría casi un sinsentido insistir en caracterizar una situación de sobra conocida si no fuera porque su presencia, y algunas de sus peculiaridades, configuran la fuerza de orientación más importante de la actual crisis universitaria.

El deterioro de América Latina constituye una situación global, a diferencia de algunas otras que hemos anotado, que afecta a todas las formas de actividad de nuestros países, frustrando la calidad de nuestros esfuerzos y minimizando la cantidad de ellos. Este carácter global hace que su presencia pueda ser anotada como una constante en cada una de las componentes del marco de referencia que estamos considerando.

Dado el volumen de información existente prescindiremos de cifras y detalles. Creemos que lo más objetivo como definición es establecer que, en su conjunto y en términos absolutos, los países de América Latina avanzan. Cada día la producción aumenta un poco más: hay más viviendas, más caminos, más fábricas, más bienes de consumo. Cada día la producción se moderniza un poco más: se diversifica y aumenta la calidad de su tecnología. Cada día las sociedades latinoamericanas progresan más: aumenta la educación, la participación popular, la conciencia social. Todo esto en términos generales y aceptando todas las excepciones que se quiera. Pero la aceleración con que se produce este avance es tan pequeña, su ritmo tan lento, que en términos comparativos, incluso con algunas otras áreas subdesarrolladas del mundo, estamos retrocediendo.

La brecha que separa a nuestros países de los países desarrollados aumenta cada día, al extremo que toda carrera planteada en términos cuantitativos carece totalmente de sentido. La permanencia de esta situación nos obliga a enfrentar el hecho de que un plazo relativamente corto, 20 ó 30 años, nuestros países no sólo serán diferentes y retrasados, sino que nuestra civilización, entendida como un sistema, será cualitativamente distinta e inferior a la de los países que hoy están desarrollados.

Definido el subdesarrollo como un "fenómeno estructural, caracterizado principal, aunque no únicamente, por el estado de dependencia de una sociedad respecto de otras" (8), resulta claro que la situación descrita sólo podrá ser superada si los elementos de la estructura colocados en posiciones claves son capaces de promover su cambio. Puestas las cosas de esta manera, y dado que la Universidad es uno de los elementos sociales que ocupa una posición clave, resulta comprensible la existencia de una fuerza orientadora de primera magnitud para la crisis universitaria, fundamentada en la necesidad de lograr el cambio y de darle signo.

Cualquiera sea la iniciativa, difícilmente esta podrá venir del mundo desarrollado. No siendo indiferente la actitud de esas sociedades, en el mejor de los casos esta podrá asumir el carácter de una valiosa colaboración con las iniciativas que sean creadas y tomadas en el seno de las sociedades subdesarrolladas. Y es en la elaboración de estas iniciativas donde la Universidad Latinoamericana juega un rol importante justamente desde aquello que le es más específico: la creación de conocimientos.

La situación del momento actual no puede ser más desoladora. La au-

sencia de una ideología capaz de interpretar la realidad y las necesidades de cambio en nuestros países, más allá de la simple aplicación de esquemas superados, se traduce en la total desorientación de los esfuerzos hechos para lograrlos. Se configura hoy en nuestros países una de las características más típicas de su estructura dependiente: la importación de las superestructuras ideológicas de las sociedades avanzadas, sean estas capitalistas o socialistas, de manera que la mayor parte, por no decir la totalidad, del juego de ideas que opera en América Latina es el producto de una actividad de creación de conocimientos en otro medio, con un marco de referencia diferente, que se muestra eficaz en su propio contexto y que sólo parcialmente, a veces accidentalmente, tiene validez en el nuestro, resultando las más de las veces ineficaz.

En el seno de la Universidad, organismo dedicado hasta la fecha por obligación social a la difusión de estas superestructuras, esta situación no alcanzó a objetivarse del todo mientras su función principal fue la docencia. Describiendo lo ocurrido, Sunkel (9) anota: "a falta de investigación científica y crítica propia y ante la presión del medio por ampliar el número y tipos de enseñanzas profesionales, la Universidad tiende a utilizar creciente y predominantemente, los materiales docentes de orden técnico y cultural que se encuentran fácilmente disponibles en el ámbito internacional, como consecuencia del empuje avasallador de las principales potencias científicas y culturales del mundo".

Resultado de este uso sin juicio crítico de materiales intelectuales: importación de problemas e importación de soluciones. Alienación como situación final.

El desarrollo de la Universidad, la aparición en ella de la investigación como actividad significativa, la propia maduración del medio que la nutre, han creado una situación nueva, la que cuestiona toda la superestructura cultural que la Universidad ha preparado y sostenido durante los últimos años, desconfía de la validez de su quehacer y de la eficacia de la formación profesional, durante tanto tiempo su actividad más importante, que en su forma actual podría no ser sino el reflejo de esta importación a nuestro medio de problemas y soluciones que le son esencialmente ajenos.

La superación de la dependencia está en gran parte ligada a la ruptura de la alienación cultural, y en esta tarea la posición de la Universidad resulta decisiva. Pensamos que la conciencia de este hecho está presente en la actual crisis universitaria, orientando y condicionando fuertemente la actitud de sus participantes. No es una casualidad que la crisis haya adquirido dimensiones generales justamente cuando la investigación ha llegado a surgir en la Universidad, cuando existe en ella una gran cantidad de investigadores que han jugado un rol decisivo.

El énfasis puesto en la necesidad de crear conocimientos, de investigar en la realidad propia, de fundamentar la docencia y la extensión en el conocimiento del medio, de definir estas como partes complementarias del proceso de creación de conocimientos, son otras tantas manifestaciones de esta fuerza de orientación. La necesidad de buscar a través de este proceso los modelos de sociedad que permitan cambiar la base cuantitativa de comparación actual entre el mundo desarrollado y el nuestro, pasará a ser

así la componente natural del quehacer universitario.

El reconocimiento de este hecho, más la definición de este compromiso, constituye una de las componentes más significativas del marco de referencia que inscribe la actual crisis.

### **El papel de la ciencia en la construcción de una sociedad avanzada.**

De todo lo anotado hasta aquí se deduce que la tarea de investigar en el medio latinoamericano, en el conjunto de su realidad física, histórica, social y cultural, y de realizar esta investigación utilizando el instrumental científico de más alto nivel que haya alcanzado la humanidad, es una necesidad social impostergable. Del cumplimiento de esta tarea dará cuenta histórica nuestra generación, en especial los sectores intelectuales de ella. De una manera u otra, los pueblos latinoamericanos terminarán por imponer esta necesidad con el mismo carácter imperativo con que todo organismo necesita relacionarse con su medio y encontrar la orientación correcta para su desarrollo. No puede hablarse siquiera de la posibilidad de contar con una civilización suficientemente estructurada, madura y eficaz, sin colocar en un lugar preeminente la acción de esa misma sociedad tendiente a comprender su propia realidad y la del medio que la incluye.

El avance acelerado del conocimiento científico en todo el mundo, la utilización que hacen las sociedades desarrolladas de ese conocimiento en su propio beneficio (10), la puesta en duda de los objetivos finales de esas sociedades y la ausencia de conocimientos acerca del medio propio, configuran una situación compleja que obliga al sector dedicado a la investigación a equiparse con el más alto grado de instrumentación teórica en todos los campos de las ciencias y, simultáneamente, centrar su atención en el medio referido. Ambos aspectos no son contradictorios, sino por el contrario, complementarios e irrenunciables.

Por ser este un problema social de la mayor profundidad, surgen en torno a él numerosos interrogantes. Queda fuera de los márgenes de este trabajo profundizar un terreno tan especializado, pero pensamos que hay por lo menos cuatro preguntas que deben ser enfrentadas. ¿Puede la investigación científica de alto nivel reemplazarse por la importación de ciencia y tecnología desde las áreas desarrolladas? ¿Puede dejar de ser la investigación científica y tecnológica del más alto nivel y conformarse, por razones económicas, etc., con un nivel medio? ¿Puede dejar de estar referida al sistema que la sustenta? ¿Existe suficientemente formada una conciencia social sobre esta situación?

El profesor Amilcar O. Herrera, en un ensayo publicado recientemente por el Instituto de Estudios Internacionales (11) pasa revista a la situación de la ciencia en América Latina y su papel en el desarrollo. Basándonos principalmente en él, trataremos de contestar parte de estos interrogantes.

El ensayo comienza por destacar la ausencia de investigación cien-

tífica significativa en la región, al extremo que en un rubro de vital necesidad y en explotación, como son los recursos naturales "ninguno de los países... posee un inventario físico adecuado de sus recursos naturales conocidos y no existen prácticamente mapas apropiados para la planificación del desarrollo agropecuario". Referente a la importación de ciencia y tecnología y su uso como efecto de demostración para lograr el desarrollo, citando a Víctor Urquidi señala que "América Latina ha estado importando tecnologías por más de 450 años y sin embargo aún ahora los oasis de modernismo tecnológico se destacan en un vasto desierto de atraso e ignorancia" (12). A través de ejemplos muestra la incapacidad de los enclaves tecnológicos para impulsar por sí solos el conocimiento. El sinsentido de la proposición surge de ignorar la naturaleza de la creación científica y tecnológica. La investigación científica y tecnológica produce una masa de material continuamente cambiante, que abre cada día nuevos campos al conocimiento, y que convierte rápidamente en anticuados los procedimientos técnicos más avanzados. La selección de los procesos de producción más adecuados a las condiciones particulares de cada país sólo puede hacerse sobre la base, no solamente de un conocimiento exhaustivo de las condiciones locales, sino también, y fundamentalmente, de una comprensión clara de los resultados, las tendencias y los posibles desarrollos futuros de la investigación científica y tecnológica. Refiriéndose a este tema, Powell, premio Nobel de física en 1950 dice: Aunque pueda ser verdad que muchos de los problemas más graves (de los países subdesarrollados) se pueden resolver mediante la aplicación a nuevas situaciones de principios conocidos, es necesario destacar que tales aplicaciones requieren una científica creativa de primer orden". (13)

Resulta, por lo tanto, que confiar en la importación de ciencia y tecnología como la manera de impulsar el desarrollo del campo industrial y económico es confiar en un espejismo. Por extensión, lo mismo puede decirse de cualquier campo del conocimiento, cuando el objetivo que se persigue no es el aprovechamiento inmediato de beneficios, sino el real florecimiento de una civilización.

Pero aún hay más. Herrera destaca que "existen campos fundamentales de la tecnología en los cuales la investigación que se realiza en los países industrializados no solamente no es útil a los países subdesarrollados, sino que incluso resulta perjudicial para sus intereses económicos, por lo menos a corto y mediano plazo. Uno de estos campos que es vital para los países de América Latina, productores de materias primas, es el de los recursos naturales. En los países industrializados gran parte de la investigación tecnológica relacionada con las materias primas está dirigida a reemplazar los materiales naturales por otros sintéticos, disminuyendo así su dependencia de las fuentes de producción de aquellos". (14)

Respecto a las posibilidades de limitar la aspiración al más alto nivel de conocimientos científicos, ideas que circula en los medios políticos como razonable, la situación es, por las mismas ya anotadas, sensiblemente similar. No puede confundirse la posibilidad de crear procesos de producción de tipo intermedio con la necesidad de ciencia y tecnología del más alto nivel. De hecho no existe solución de continuidad que permita limitar

el conocimiento dinámico de la totalidad del campo acotado por las ciencias, y, como lo señala Herrera: "para que los procesos de producción "intermedios" contribuyan realmente al progreso de la región y puedan ser competitivos con respecto a los que se utilizan en otros países, deberán incorporar todos los adelantos de la tecnología moderna compatibles con el tipo de proceso elegido. Esto requiere una alta capacidad de investigación científica y tecnológica en la región, porque son problemas que no interesan, y por lo tanto no se estudian, en los países altamente industrializados... La selección de los procesos de producción más convenientes para los distintos países de América Latina debe considerar un número tan grande de variables, que solamente la pueden hacer científicos y tecnólogos del más alto nivel, que conozcan además profundamente las condiciones particulares de la región". (15)

Lo anotado nos parece que contesta negativamente y con firmeza a las dos primeras preguntas planteadas. Configura además con toda precisión la importancia del rol a jugar por la investigación científica del más alto nivel en la construcción de una sociedad avanzada en nuestra región. La tercera pregunta, relativa a la posibilidad de que la investigación deje de referirse al medio particular de nuestros países queda también contestada negativamente tanto en los párrafos transcritos como en gran parte de lo que hemos señalado en las páginas anteriores. En su conjunto la definición de marco de referencia que estamos haciendo define también con largueza el papel del conocimiento en la tarea de construir una civilización avanzada, y el carácter de totalidad que este conocimiento debe adquirir, dado que no se trata solamente de desarrollar este o aquel sector parcial de nuestras sociedades.

Con respecto al último interrogante, pensamos que en realidad no existe en el mundo subdesarrollado una conciencia social de la necesidad de la investigación científica. Por lo menos no existe en forma explícita, y esta carencia es otro indicador más de su subdesarrollo. Los sectores políticos, que son los que con más propiedad explicitan el estado de la conciencia social de nuestros pueblos, manifiestan una notable incompreensión del papel de la ciencia en la sociedad moderna y en la creación de condiciones favorables para alcanzar este estado. Sin embargo esta conciencia está incluida en forma implícita en las aspiraciones de cambio del conjunto de nuestra sociedad. Y este hecho se refleja precisamente en la forma cómo la comunidad universitaria de la Universidad de Chile, a través de una lucha evidentemente social, ha terminado por definir una Universidad creadora y crítica como primera etapa de su reforma.

### **La posición clave de la Universidad Latinoamericana.**

Esta es una situación que nos limitaremos a constatar. Si aceptamos la importancia de la ciencia en la organización de la estructura de la sociedad moderna, si aceptamos el carácter social del conocimiento y lo explosivamente revolucionario del proceso de su creación, cabe preguntarse por la cantidad de organismos e instituciones que los países latinoamericana-

nos dedican a ello.

El hecho es, como lo constatan los informes que hemos citado, que en nuestros países la investigación científica, cuando existe, se encuentra solo en el ámbito de las universidades. Hay algunas excepciones: algunas industrias dedicadas a investigaciones limitadas a procesos tecnológicos, algunos institutos estatales y oficinas de gobierno, generalmente trabajando en los planes de desarrollo gubernamentales, y algunas pocas instituciones privadas. Pero, a diferencia de las sociedades desarrolladas, aquí la Universidad es, en cuanto a institución, el único lugar dedicado en forma significativa a la investigación.

Este hecho es el que configura su posición clave. La responsabilidad que les cabe en la mantención de la superestructura cultural actual es de primera magnitud. La responsabilidad que asumen, o deben asumir, en el cambio de esta superestructura también lo es.

Nada parece indicar que en un futuro cercano la investigación llegue a ser significativa, en cuanto a actividad científica, fuera de las Universidades. Y nada indica tampoco que una situación de este tipo sea necesariamente más positiva que la actual. La búsqueda de la especialización de los organismos de nuestras comunidades, generalmente limitadas en sus posibilidades, y la mayor garantía de libertad, elevación ética y objetividad que ofrecen las universidades permiten asignarles a ellas funcionalmente esa tarea. La definición de la Universidad moderna en América Latina tiene por lo tanto que hacerse a partir de este hecho. Su responsabilidad, su compromiso social, sus tareas y su estructura deben reflejar esta situación. Es evidente, por lo tanto que en medio de una crisis universitaria que busca justamente estas definiciones, la posición clave de la Universidad constituya otra de las fuerzas en juego, que obliga a considerar la reforma universitaria necesariamente como un problema de la sociedad en su conjunto.

### **Conclusión, la relación entre la Universidad y la sociedad.**

No pretendemos haber agotado la definición del marco de referencia de la crisis universitaria en los países subdesarrollados; sin embargo pensamos que lo anotado representa lo más sustantivo de su contenido. Son categorías incluyentes de otras, que siendo también muy importantes, tienen un alcance más limitado.

El contexto definido se traduce en tensiones y demandas que actúan sobre la Universidad y que deben ser equilibradas por esta, satisfechas por lo menos en tres niveles: en la adecuada definición del contenido de la Universidad, —no solo como un problema teórico sino con plena conciencia de las posibilidades de su realidad—; en la adecuada definición de las tareas centrales de la Universidad, son las mismas exigencias anteriores; y en la correcta definición de una estructura que permita a la Universidad la puesta en acción de los dos niveles anteriores y los favorezca.

La parte siguiente de este trabajo está dedicada a desarrollar breve-

mente estos temas. Creemos, por el momento, en la necesidad de terminar esta primera parte con una conclusión. Ya hemos dicho que la adecuada percepción y definición del marco de referencia debería servirnos para definir correctamente la relación entre la Universidad y la sociedad. De acuerdo a lo dicho ¿cómo vemos esa relación?

De todo lo anotado puede concluirse que la Universidad configura un cuerpo profundamente enclavado, incluido e integrado, en la totalidad del organismo social que la sustenta. No puede ser definida al margen, ni por sobre ni por bajo ese medio. Ni es el santuario donde los elegidos crean la ciencia para su posible utilización por el resto de los mortales, ni es una simple y eficiente formadora de los profesionales y técnicos que un determinado país necesita.

La relación entre la Universidad y la sociedad es profundamente funcional y especializada. En la complejidad del sistema social y su estructura, se le entrega la responsabilidad de desentrañar, a la luz del conocimiento universal, la naturaleza de cada parte del sistema, interpretando la realidad de todos los campos de ese medio. Como resultado de este proceso, debe elaborar un nuevo cuerpo de conocimientos e ideas, permanentemente nuevo, siempre renovado, válido en su propio contexto, y que al estar referido a la esencia de su sistema le permite a este utilizarlo como parte integrante de la energía social de su desenvolvimiento.

La Universidad no es responsable del estado del sistema social en su conjunto. Esta responsabilidad corresponde a la totalidad del sistema. Tampoco es el único organismo de él que realiza una labor de interpretación. Sin embargo, junto con ser entre nosotros quién cuenta con las mejores posibilidades de acción en estos terrenos, y quien da las mayores garantías de objetividad y pluralismo, es el que asume una mayor cuota de responsabilidad en la construcción de la superestructura ideológica y cultural de nuestros países y en la difusión de esa superestructura a través de todo el cuerpo social.

El carácter de esta relación configura una Universidad profundamente comprometida con la sociedad. En nuestro medio este compromiso es compulsivo, cualquiera sea el signo que tenga. No es posible sustraerse a él. Comprometida por omisión, como el momento actual; responsable por lo tanto en gran medida de la permanencia de un cuadro de alienación cultural y desorientación general. Comprometida por presencia y acción, en la medida que una definición correcta de sus tareas centrales, de su contenido y su estructura, le permitan cumplir el rol funcional que hemos anotado.

## **2. Contenido, Tareas y Estructuras de la Universidad.**

### **La crisis universitaria.**

“La voluntad de estructurar una nueva Universidad es correlativa de la creación de nuevos vínculos entre dicha institución, la sociedad y el Estado”.

“La historia de la Universidad muestra que esta se transforma en la medida en que va adaptando sus funciones culturales, científicas y profesionales a las transformaciones de la comunidad. En cada etapa de su evolución, el grado y carácter de esta adaptabilidad ostenta rasgos muy particulares. Claro está, que las relaciones entre la Universidad y la sociedad se manifiestan a través de un complejo proceso de interacciones. La Universidad asegura la continuidad de una tradición científica, humanista y artística, que la sociedad le impulsa a modificar, movida a su vez por el mismo desarrollo de la Universidad, en cuanto esta constituye algo más que un mero agregado inconexo de escuelas profesionales”. (16)

Con estas palabras se inicia el informe que la Comisión N° 2, dedicada al tema “La nueva Universidad y la sociedad”, presentó al Primer Congreso de los académicos de la Universidad de Chile en mayo de 1968. Oportunidad histórica, por primera vez los docentes, investigadores y personal de extensión de la Universidad de Chile se reúnen sin respetar las jerarquías de la antigua estructura, a discutir el destino de su institución.

En el presente trabajo nos hemos dedicado con más atención a describir el tipo de vínculos que identificamos como vigentes entre la Universidad y la sociedad, y los hemos incorporado en un marco de referencia de la crisis actual. Esta se explica en la medida que la Universidad no ha sido capaz de adaptarse a las nuevas exigencias de la sociedad latinoamericana. Las tensiones descritas en el capítulo anterior no han tenido una respuesta positiva, la Universidad no las ha acogido en toda su enorme dimensión y naturalmente todo el sistema ha terminado por saltar. Situación que no se produce de improviso sino que viene anunciada por varios años de saltos parciales y crisis locales, a las cuales se han dado respuestas limitadas. En la medida que el proceso actual no se aproveche y sólo se decidan algunos pequeños cambios formales, la situación permanecerá potencialmente conflictiva.

Las razones que han llevado a esta crisis son de varios tipos, pero se resumen en el hecho de que la Universidad de Chile ha sido sobrepasada en su definición de contenido y tareas centrales y que la rigidez de su estructura le ha impedido cambiar para corregir esta situación.

Las exigencias del marco de referencia debieron traducirse en una nueva definición del contenido universitario y de sus tareas, situación que hoy debe tratarse con cuidado, para distinguir con claridad la parte a corregir. En especial, debemos distinguir entre lo que teóricamente la Universidad ha definido hasta ahora como su contenido y sus tareas y lo que en la realidad estos han llegado a ser.

No es nuestra intención poner en duda el papel histórico de las Universidades latinoamericanas y chilenas en general, y de la Universidad de Chile en particular. Estamos prontos a reconocer su relevante participación en el desarrollo cultural de nuestros pueblos.

Las críticas que hemos anotado corresponden a la etapa actual de su vida, y no pueden hacerse extensivas a la totalidad de su trayectoria. Sin embargo debemos aclarar cual ha sido su contenido, más allá de sus definiciones clásicas. A pesar de que estas reconocen la amplia participación de la Universidad en el proceso cultural del país, y que su labor se

hace cada día más extensa, debemos anotar que la Universidad ha reconocido en los hechos, un sólo vínculo social significativo: la formación de profesionales. Ante la necesidad de los sistemas sociales latinoamericanos de contar con profesionales y técnicos capaces de tomar la responsabilidad de su desarrollo, las universidades se dedicaron básicamente a esta tarea. La que durante la mayor parte del tiempo ha sido su primera preocupación.

Como vimos antes, el material intelectual y científico que se ha utilizado en la formación de estos profesionales en la mayoría de los casos ha sido creado en otros medios, tiene validez en otro contexto y no existen garantías de su validez en el nuestro. La ausencia de investigación, de creación propia, no ha permitido tampoco la aparición de un pensamiento crítico fundamentado en el conocimiento, generándose así un estado de alienación que compromete todo el sistema.

Definida la Universidad como una institución formadora de profesionales, podemos decir que esta tarea, más bien que mal, ha sido cumplida. Pero es indudable, de acuerdo a lo ya visto, que la exigencia social tiene dimensiones mucho más ricas, que se traducen en la necesidad de definir una Universidad altamente creadora y crítica, una Universidad que haga del proceso de conocer, de investigar en su medio, su función más importante.

En el caso de las tareas centrales de la Universidad la situación, muy conectada con la anterior, es similar. Como fruto del mismo fenómeno, la tarea verdaderamente significativa de la Universidad ha sido la docencia, de alto nivel en muchos casos, pero solo la docencia. La Universidad ha reconocido la necesidad de la investigación y la extensión, pero su reconocimiento ha sido también tardío, y se ha limitado a algunos campos parciales. A pesar de ese reconocimiento, únicamente la docencia ha gozado de un verdadero status universitario, una docencia basada las más de las veces en la experiencia profesional del profesor, o en su capacidad personal para el estudio de textos.

La necesidad de definir las tareas centrales de la Universidad en el sentido de satisfacer las demandas evidenciadas en el marco de referencia, se ha estrellado con la dificultad de cambio de la Universidad cuyo origen se encuentra también en la rigidez de su estructura.

### **La rigidez de la actual estructura universitaria.**

La estructura universitaria, lo primero que ha saltado en pedazos en la actual crisis, se ha caracterizado, como hemos dicho, por su extrema rigidez y dificultad de cambio. El origen de ello puede encontrarse en la definición y composición de sus elementos estructurales, en la pobreza de sus vinculaciones y en la organización de su estructura de poder.

Una descripción muy simplificada de la estructura académica actual, tema de sobra conocido, permite distinguir los siguientes elementos y vinculaciones: las cátedras como unidades básicas, integradas al nivel de escuelas profesionales, las que a su vez se juntan, no se integran, al nivel de Facultades. Nos parece necesario enfatizar que esta es la estructu-

ra académica de facto de la actual Universidad, la que existe por sobre la idea teórica de cátedras "integradas" al nivel de Facultades. Prácticamente hasta aquí llegan las relaciones académicas verdaderamente significativas, ya que el resto de la estructura, que integra a las Facultades al nivel del Consejo Universitario y del Claustro Pleno, no tiene un grado de acción verdaderamente importante en el quehacer académico de las Facultades, sino más bien establece relaciones de política y administración. El Consejo Universitario vela por el destino académico de las Facultades y toma las grandes y definitivas decisiones, pero sería difícil decir que ellas se integran al nivel del Consejo Universitario. Eso implicaría un rasgo positivo, la definición de una Universidad equilibrada, y las de América Latina no lo son.

Existen otros organismos: institutos y centros de investigación y extensión, algunos dependiendo de Facultades, otros de rectoría o secretaría general, pero en ambos casos no están integrados orgánicamente a la estructura universitaria. Su existencia es un reconocimiento implícito de la pobreza de vinculaciones que ella ofrece, de la inevitable necesidad de redefinirla.

El verdadero aglutinante y motor de este sistema es la carrera profesional. De ahí la importancia de la Escuela, en la que debemos reconocer el medio integrador de mayor vitalidad con que se ha contado hasta la fecha. Este ha sido el lugar de encuentro de estudiantes y profesores, entre sí y entre todos; el lugar de las discusiones, de las reuniones y los conflictos, donde es posible identificar un interés común. La fuerza de las profesiones se ha traducido en la configuración de la siguiente situación: existen o Facultades carrerocéntricas, con una sola escuela o Facultades que se centran predominantemente en una carrera. La de mayor peso social, e incluyen otras escuelas profesionales en una situación desmejorada.

El hecho de que las carreras profesionales se hayan convertido en el principio ordenador de esta estructura, en lo que le da signo, ha sido la razón más clara de su rigidez. No confundimos por supuesto el enorme valor de las profesiones como campo de interrelación de las ciencias. Pero la existencia de este solo signo, al trasladar gran parte de la definición y decisión académica al exterior de la Universidad, constituye hoy día un freno a la flexibilidad de acción que esta requiere.

Las carreras profesionales adquieren su verdadero sentido fuera de la Universidad. Son instituciones que llegan a adquirir poder, que participan de un juego de relaciones económicas y sociales cuyos fines son distintos a los universitarios. Son otros intereses, legítimos por cierto, pero diferentes. Cada carrera profesional obtiene cierto predio que cultiva y defiende con la misma actitud con que un terrateniente defiende su tierra o una empresa su mercado.

Incluso problemas de tipo menor, como pueden ser el cambio de nombre de una disciplina, la eliminación de una cátedra o la reducción de años de estudio como consecuencia de su mejor organización, encuentran obstáculos insalvables en la reacción del medio profesional, que participa fuertemente de la acción universitaria. No es el objetivo académico, la

búsqueda de una respuesta consecuente del conocimiento a la exigencia social, lo que está determinando la acción de la estructura, sino la defensa de una situación extrauniversitaria, contingente, las más de las veces limitante y mezquina.

Por el contrario, la pobreza de vinculaciones de la estructura actual es un fenómeno interno, consecuencia de la superación de un esquema inicial por la maduración y aumento de complejidad de un organismo. Las unidades universitarias están estructuradas en el esquema de un árbol, lo que hace que cada una de ellas se integre con otras muy precisas en un nivel superior, de manera que los conjuntos que allí se forman, claramente diferenciados, se relacionan, algunos muy precisos con otros muy precisos solamente, también en un nivel superior, hasta llegar a la cúspide donde por caminos totalmente separados se integra la totalidad. No hay relaciones horizontales entre unidades, ni siquiera en los casos más evidentes. Por ejemplo, si la carrera profesional del arquitecto precisa de Economía, se crea en esa Facultad la cátedra correspondiente y se contrata para ella un profesor, con absoluta prescindencia de la participación de la Facultad especializada. Este fenómeno es válido, con excepciones, en todas las Universidades y en todos los niveles, afectando en forma decisiva la posibilidad de crear programas de investigación y de docencia a nivel general. La secuela de desniveles, repeticiones, mal aprovechamiento de recursos, etc., es inevitable. La pérdida de energía, absurda. Los estudiantes ingresan a verdaderos túneles con una entrada y una salida exitosa. Toda salida parcial es a la calle y derrotado. Si alguien se equivoca debe volver al punto de partida e iniciar una nueva carrera en el túnel vecino, no importa cuantas materias puedan ser iguales o muy parecidas.

El interés profesional y esta carencia de vinculaciones en su estructura ha llevado a la Universidad a las más grandes deformaciones que reflejan los intereses de los diversos juegos de profesiones. Aquellas más poderosas han constituido escuelas grandes, cátedras con mejores recursos, capaces de realizar tanto docencia como investigación. En algunos casos, estas cátedras llegan a adoptar la forma de grandes servicios, provistos de numeroso personal auxiliar y administrativo, con un catedrático que responde no solo por el rendimiento de la investigación y la docencia, sino también por los equipos y edificios. En otros casos, carreras más débiles deben conformarse con Escuelas pequeñas, con cátedras nominales, donde un profesor cuenta a veces solo con el auxilio ocasional de un ayudante-alumno ad-honorem. La relación entre uno y otro caso frente a la validez del conocimiento y su necesidad no alcanza siquiera a plantearse. Su necesidad potencial tampoco. Al traducirse esta situación en una relación de poder, y siendo axiomático que dentro de ciertos límites el que posee más poder está en mejores condiciones de incrementarlo frente al que posee menos, quién sólo puede aspirar escasamente a mantenerlo o disminuirlo lo menos posible. Toda posibilidad de cambio de esta situación queda desde el comienzo descartada.

Por último, podemos decir que la organización del poder de tomar decisiones ha constituido el principal freno para el cambio y la adaptación de la estructura universitaria. Una estructura antidemocrática, cerrada y

autogestada que ha transformado el poder en un privilegio de pocas personas. En el caso de la Universidad de Chile, 1.015 profesores han tenido la responsabilidad de decidir, elegir y ser elegidos, de un total de 10.022 académicos que realizan prácticamente las mismas funciones con el mismo grado de responsabilidad.

Al transformarse el poder en privilegio, toda necesidad de cambio, que en el fondo es siempre un atentado al privilegio, ha encontrado la reacción negativa de los afectados. Al ser los poseedores de estos privilegios los poseedores absolutos del poder de decisión, su acción ha sido eficazmente negativa, frenándose toda posibilidad de cambio de fondo en la Universidad que intentara llevarse por los cauces legales, y gestándose en definitiva la crisis actual.

### **El contenido de la nueva Universidad**

Una adecuada interpretación del marco de referencia y de la relación Universidad-sociedad que se ha descrito, debe llevarnos a definir la nueva Universidad de tal manera que esta agregue a lo que han sido sus propiedades tradicionales la capacidad de ser también una Universidad comprometida, creadora, crítica, integrada, participante, planificada y autónoma.

La Universidad no debe perder los valores que hasta aquí la han sustentado. Debe seguir asumiendo la responsabilidad de mantener y transmitir las formas culturales de su pueblo, su preocupación por la educación superior, debe incrementar la formación profesional. Pero debe enriquecerse, cambiando cualitativamente su contenido mediante la incorporación, con carácter prioritario, de las propiedades enumeradas.

La nueva Universidad debe reconocer su existencia comprometida con el destino del sistema que la sustenta y debe establecer el carácter específico, peculiar, de este compromiso. Debe definir su contenido de tal manera que la totalidad del quehacer universitario, el trabajo que todos sus hombres realizan, quede objetivamente incluido en ese compromiso. La nueva Universidad debe explícitamente reconocer este compromiso que adquiere la forma que ya establecimos al referirnos a la relación Universidad-sociedad: "...desentrañar, a la luz del conocimiento universal, la naturaleza de cada parte del sistema, interpretando la realidad de todos los campos de su medio. Como resultado de este proceso debe elaborar un nuevo cuerpo de conocimientos e ideas, permanentemente nuevo, siempre renovado, válido en su propio contexto, y que al estar referido a la esencia de su sistema, le permite a este utilizarlo como parte integrante de la energía social de su desenvolvimiento".

Esto significa colocar en la definición al carácter creador de la nueva Universidad. Este es el signo distintivo de su acción, lo que diferencia a lo que debe y no debe quedar incluido en su contexto. Existen numerosos procesos científicos, artísticos, culturales, etc. que no tienen un carácter principalmente creador, al margen de su muy alta calidad. Su existencia en la Universidad no hace sino establecer para ellos un proteccionismo que resulta irritante para los otros sectores sociales que realizan

las mismas tareas.

El carácter creador de la nueva Universidad debiera traducirse en el incremento de la investigación como su actividad central. Una investigación científica referida al sistema que la sustenta. Un proceso de creación referido al medio natural, a la tierra, la flora y a la fauna, a la energía, al mar y al aire, referido a la historia, las costumbres, la cultura, referido a las ciencias abstractas, al arte, a la música, a lo que constituye la expresión de los hombres, referido al ambiente, al dominio y control de su medio, a las posibilidades de cambiarlo, de establecer relaciones más perfectas entre los hombres que palpitan en ese medio. Ningún campo puede quedar excluido de este proceso, si nuestro objetivo es el conocimiento del sistema, para elaborar como producto de esa actividad, los modelos de civilización a los que poder positivamente aspirar. Este es un proceso multitudinario y complejo, del que participan todas las energías de la sociedad y todas las ideologías. No puede interpretarse la definición de una Universidad creadora como la intención de adoptar un modelo final, único e inmutable, o relativamente inmutable en períodos largos de tiempo, que comprometa la acción universitaria de la manera en que un partido político compromete a sus miembros. Más que de los modelos, la Universidad es responsable del proceso que lleva a ellos, y si este es suficientemente rico, consecuente y responsable, corresponde a la totalidad del sistema social utilizarlos.

La acción de la nueva Universidad no puede limitarse a la exposición de los modelos de comunidad que su labor creadora le permita elaborar, sino que debe participar también en el proceso de cambio del conjunto del sistema. Nuevamente, esta participación resulta peculiar, en la medida que es consecuente. La participación de la Universidad debe adquirir la forma de una crítica permanente al quehacer nacional, en función de los modelos que su propia actividad ha generado. Queremos indicar con esto que la función crítica universitaria no puede realizarse solo de acuerdo a la personal posición ideológica de sus miembros. Eso inhabilita su acción, ya que evidentemente existen en nuestro medio los canales adecuados para esa expresión. La crítica universitaria, en cuanto a universitaria, debe realizarse también en el contexto de lo que su propia acción creadora elabora, de aquello que puede apoyar en el conocimiento científico de la realidad.

Todo lo anterior supone una Universidad definida y fuertemente integrada al medio nacional. No a parcialidades de este, no al servicio de intereses particulares, sino a los intereses de toda la comunidad. Una Universidad comprometida, creadora y crítica, no una Universidad paternalista que calma su conciencia social con un par de programas de asistencia o con una temporada de conciertos en las poblaciones marginales. Una Universidad integrada implica un organismo trabajando con todos los sectores de la comunidad: los intelectuales y los obreros, los campesinos y los políticos, los dueños de la tierra y los empresarios industriales, los profesionales, los que sufren la acción profesional, el Gobierno y la oposición. Con todos y cada uno de ellos, siempre persiguiendo el mismo objetivo: configurar su propia realidad, extraer de ella la materia de su quehacer, entregar a ese medio su producto, corregir sus resultados y volver a em-

pezar.

Una Universidad que incorpora a su definición estos conceptos, debe también definir el derecho de toda la comunidad a participar en la definición de su rumbo. Resulta del todo inaceptable la idea de un cuerpo social asumiendo estas responsabilidades y manteniéndose cerrado, dirigido autocráticamente por un reducido grupo de personas, cuyo poder adquiriría dimensiones monstruosas.

El concepto de participación debe incorporarse a la definición del contenido de la nueva Universidad, pero debe hacerse en forma explícita, ya que no se trata de configurar un pequeño estado político con voto universal no calificado. La Universidad es un organismo especializado, con funciones jerarquizadas que se definen en la medida que asumen responsabilidades con la parte esencial del contenido universitario. Sobre este particular, la actual crisis de la Universidad de Chile ha creado una situación extraña, que solo tiene validez para la lucha que los distintos grupos sostienen en torno a la toma del poder, del gobierno universitario. Esta situación consiste en ponderar el grado de influencia de los diversos sectores no en función de su responsabilidad con el contenido universitario, sino del grado de permeabilidad al manejo político que presentan. Suponemos que esta situación será transitoria, por lo que no le damos una importancia excesiva, aun cuando arriesga comprometer la marcha del proceso mismo de reforma al introducir un tema perturbador. Lamentablemente, debido a lo mismo, toda argumentación que se haga en torno a esta materia corre el riesgo de ser interpretada torcidamente, aún cuando, desde un punto de vista positivo, la experiencia acumulada durante este mismo proceso permite distinguir con mayor claridad lo que es esencial de lo que no lo es.

El gobierno de la Universidad, la decisión del rumbo de este organismo que en América Latina asume tan grandes responsabilidades sociales, debe recaer en aquellos que se ubican en el quehacer universitario propiamente tal, en cualquier nivel del proceso de creación de conocimientos que la Universidad realiza. Deben participar de este gobierno incluso los que constituyen el objetivo final de la acción universitaria, los que se encuentran fuera de ella. Pero esta participación debe estar jerarquizada. El mayor grado de responsabilidad debe recaer en los académicos que comprometen la totalidad de su tiempo y su quehacer en la actividad universitaria. Todo grado menor de responsabilidad y compromiso debe ir acompañado de un grado menor de influencia en las decisiones. En una escala descendente deben ubicarse los académicos de dedicación parcial, los auxiliares de la docencia, la investigación y la extensión, los estudiantes, los responsables de la marcha administrativa de la Universidad, los trabajadores universitarios y representantes de sectores externos a la Universidad. Esta participación no puede asumir el carácter de lucha reivindicativa. No se llega a participar en la toma de decisiones con el fin de reivindicar posiciones económicas de grupo, por justas y honorables que estas sean. Deben permanecer abiertos los canales normales para que ese tipo de actividad se realice al margen de la influencia que a cada uno le corresponda en el gobierno universitario. La participación en este se hace con fines de definir un rumbo comprometido con el medio nacional, de empaparse con ese contenido y asumir la parte de responsabilidad que a cada uno corres-

ponde con pleno conocimiento de sus fines. En cualquier caso, el sistema que finalmente se adopte debiera ser tal que entregue a cada sector un grado de influencia que estimule su participación, pero de manera que el resultado final no inhiba la participación del sector más comprometido con la esencia del quehacer universitario, el sector académico.

La planificación de la Universidad es el reconocimiento de la necesidad de obtener resultados determinados de su acción y de la posibilidad de actuar inteligentemente para lograrlos. Instituciones de las dimensiones que definen las actuales Universidades, especialmente la Universidad de Chile, solo pueden encarar el cumplimiento de sus labores si las planifican.

Existe una resistencia bastante justificada entre los académicos para aceptar la planificación. Esta resistencia se basa en dos razones: el temor a la aparición de un nuevo poder universitario, formado por los planificadores y su habilidad para presentar las alternativas de la acción universitaria; y el reconocimiento de que en sus niveles más altos, la investigación debe ir acompañada de una gran libertad y espontaneidad, no puede estar inhibida por la necesidad de resultados positivos a plazo fijo.

Las dos son situaciones reales, pero la única posibilidad de conjurarlas es precisamente incorporar el concepto de planificación a la definición misma de la Universidad, hacerla participar de todos sus niveles e integrarse totalmente a ella. Una planificación hecha por expertos, al margen de los académicos, acarrearía los dos peligros anotados. Una planificación hecha por expertos, pero de la cual participan los académicos con un alto grado de influencia, debiera terminar transformándose en una planificación especializada, capaz de reconocer las peculiaridades del proceso de creación de conocimientos.

Una Universidad comprometida, creadora y crítica, solo puede ser autónoma resulta una condición indispensable del éxito de la definición universitaria. Respecto a este tema, participamos del criterio que ha establecido el profesor Luis Izquierdo (17) en el sentido de que la autonomía es inalienable del contenido de una Universidad creadora y crítica, pero que si esta solo limita su acción al servicio docente, a la formación profesional, a la colaboración con el Estado, la autonomía se transforma en un privilegio carente de sentido.

### **Las tareas centrales de la nueva Universidad.**

El marco de referencia y el contenido de la nueva Universidad definen con precisión el carácter creador de sus tareas centrales. Estas son la investigación, la docencia y la extensión. Aparentemente las mismas de antes, aunque esta similitud no es más que un formalismo de lenguaje, ya que se trata de definir ahora una situación cualitativamente diferente.

Aunque en teoría la Universidad ha reconocido desde hace mucho tiempo la existencia de estas tres tareas, en los hechos solo ha dado valor a la docencia. Esta ha sido el centro de la actividad universitaria y la única vía posible de acceso a la estructura de poder. De manera que la situación total se ha caracterizado por una investigación incipiente, una docencia basada en la experiencia profesional y una extensión limitada las más de las veces a algunas actividades de difusión cultural y asisten-

cia social. Cada una de ellas actuando independiente de las otras, circulando por caminos diferentes y no pocas veces antagónicos.

La nueva definición busca superar la situación actual integrando las tres tareas en un solo proceso de creación de conocimientos, el que solo adquiere validez y sentido para la Universidad en la medida que puede realizarse completo. En este proceso la Universidad participa desde aquello que le es peculiar, su capacidad de conocer, de investigar científicamente y proponer desde estos fundamentos.

La investigación resulta así el centro de esta actividad integrada. Una investigación que adquiere signo en la medida que está referida al sistema. Una investigación que debe extenderse a todos los campos del quehacer universitario, a todos aquellos que se incluyen válidamente en lo que la Universidad acota. Una investigación científica, dotada del nivel más alto que sea posible lograr, precisamente porque requiere de la mayor eficiencia para referirse a un objeto que solo ella estudia.

La referencia al medio no puede ser una simple declaración de aspiraciones, no puede quedar en el plano de las intenciones. La vinculación entre la tarea de investigar y la totalidad del sistema se instrumenta a través de dos vías abiertas explícitamente para ello, dos caminos de doble sentido cada uno, para establecer orgánicamente esta relación. Estas dos vías vienen a ser la docencia y la extensión, partes del proceso total al que dan sentido. Ambas son las maneras con que la Universidad pesquisa la problemática de su sistema y propone sus propios modelos. Ambas son también las maneras con que la Universidad pone a prueba la calidad de sus proposiciones, para corregirlas según su éxito o fracaso.

La docencia universitaria adquiere así el signo de la vitalidad de nuestra civilización, de la actual y de la que queremos construir; adquiere el dramatismo de nuestro tiempo. Los problemas que ella enfrenta son los problemas que concitan el interés de la sociedad en su conjunto y en especial de la juventud frente a su futuro. Se trata de traer al aula la vida con todas sus dimensiones y enfrentarla creadora e intensamente a la luz de los conocimientos que la investigación de esa misma vida vaya aportando. La extensión juega un rol similar con una metodología diferente ya que su campo de acción es más vasto, no restringiéndose a la juventud sino a la totalidad de la sociedad. Una investigación carente de estos contactos no sería más que un juego gratuito, probablemente muy grato para los propios jugadores, pero totalmente al margen de la realidad que el marco de referencia ha definido. Un juego que ni siquiera tendría la prueba de su propia verdad y eficacia. Por el contrario, la integración de investigación, docencia y extensión con su doble sentido, llevaría orgánicamente la naturaleza de esa realidad al seno del quehacer universitario y el producto de ese quehacer a quienes verdaderamente interesa.

Esta es la manera en que vemos superada la ambigüedad y la contradicción que actualmente caracteriza a las tareas universitarias. Investigación, docencia y extensión no son sino fases del mismo proceso de creación, adquieren fundamento una de otra. La ausencia de cualquiera inhabilitaría la definición de la propia Universidad.

### Una estructura consecuente para la nueva Universidad.

Una Universidad definida como lo hemos hecho hasta aquí, necesita de una estructura académica que permita y favorezca el cumplimiento de sus tareas centrales y que exprese su contenido. Vistas las características de la estructura actual, la nueva tendrá que ser diferente, tanto en su principio ordenador como en sus elementos y vinculaciones.

Participamos en gran medida, de las proposiciones de estructura académica que han hecho los profesores Luis Izquierdo (18) e Ignacio González G. (19) en sendos artículos sobre esta materia. Proposiciones similares a la de ellos fueron hechas por diversos profesores, incluidos nosotros mismos, en varias etapas del actual proceso de reforma de la Universidad de Chile. Debido a que existe un conocimiento muy difundido sobre este tema, nos limitaremos a describir brevemente lo fundamental y centraremos nuestra argumentación en algunos puntos que nos parecen los más importantes e irrenunciables.

La nueva Universidad debe utilizar como principio ordenador de su estructura el conocimiento, así como antes usó las carreras profesionales. Esto significa definir tanto una problemática establecida por el conocimiento mismo, en el contexto nacional y universal, como una problemática definida por la acción y las necesidades del hombre en el mundo, no desde el punto de vista de estas acciones y necesidades propiamente tales, sino del cuerpo de ideas que han generado (20).

Esta estructura debe definir unidades capaces de acotar un campo del conocimiento reconocido como válido y de actuar sobre ese campo a través de la investigación, la docencia y la extensión, en la forma totalizadora ya expresada. Un juego complejo de interrelaciones al nivel de estas tres funciones debe enlazar la preocupación de las unidades, unas con otras, de manera de garantizar el carácter unitario e indivisible del conocimiento. Una estructura académica definida de esta manera, sin más compromiso que el conocimiento de la realidad, la creación y la crítica referida a ella, garantizará la capacidad de la Universidad para adecuarse a todos los cambios que el medio le exija.

La primera inquietud que surge frente a esta proposición está relacionada con la arbitrariedad o validez de una división del conocimiento en partes, al margen de la realidad contingente que hoy vive la Universidad. Dado que suscribimos la idea de un mundo unitario, un sistema total que integra y relaciona de manera compleja sus elementos y manifestaciones, teóricamente no parece haber solución de continuidad en ninguna parte del sistema que nos autorice a acotar válidamente campos particulares de esa realidad para hacerla objeto del conocimiento.

Esta división resulta sin embargo válida dentro de ciertos márgenes. En la medida en que se apoya en la necesidad del método analítico de descomponer el todo en partes para su comprensión, y que surgen formas propias para cada etapa de esa descomposición, instrumental, teórico y técnico especializado, que se configuran teorías de alcance limitado, actitudes y habilidades especiales, etc. esta división resulta, si no válida en términos absolutos, al menos reconocible y útil.

Sin embargo todo requerimiento de conclusiones generales se estre-

lla siempre con la necesidad de recurrir a la totalidad del sistema. Esto se hace especialmente claro en el momento actual con la aparición de una cantidad de nuevas disciplinas totalizadoras, que buscan intencionadamente la integración del conocimiento. Nos parece que la contradicción entre la necesidad de dividir y la necesidad de totalizar debe ser superada estimulando la complejidad de las relaciones entre las unidades de la estructura, haciendo recaer sobre toda ella, o sobre grandes partes, la validez del sistema total. Este aumento de complejidad entre las relaciones debe traducirse en una situación que aparentemente es difícil de aceptar por las personas acostumbradas al esquematismo estructural, a ordenar linealmente los elementos de menor a mayor. El aumento de complejidad significa la autorización para que cada unidad estructural se combine con cualquiera otra, no importa cual sea; para que se incorpore parcial o totalmente a cualquier conjunto intermedio de unidades, con todos sus derechos y deberes; y el reconocimiento de que todos los conjuntos resultantes de la superposición de unidades distintas deben ser considerados a su vez elementos de la estructura y deben ser provistos de medios y estímulos para desarrollarse. Veremos qué significa esto en la práctica.

La proposición de una estructura para la nueva Universidad puede adoptar dos modalidades: ser consecuente con todo lo que hasta aquí hemos dicho; o ser el resultado de las presiones que la realidad contingente (inercia, costumbres, relaciones de poder, etc.) apliquen sobre esta estructura consecuente. La descripción que sigue se refiere al primer caso.

Las unidades de la estructura consecuente son los Departamentos, definidos por la necesidad analítica de división y por su capacidad de acotar un campo válido del conocimiento en los términos ya descritos. Los Departamentos realizan las actividades de investigación, docencia y extensión con el carácter totalizador que se les asignó. Aquí surge ya la necesidad de aclarar que no es indispensable que todos y cada uno de los académicos realice las tres funciones, ni siquiera alternativamente. El que asume la responsabilidad de totalizar es el elemento estructural, el Departamento, quien debe distribuir sus hombres de la manera que le parezca más adecuada. Siendo deseable y positivo el trabajo de estos en los tres campos, no es una condición obligatoria

Teóricamente debieran crearse tantos, muchos o pocos, Departamentos como campos del conocimiento esté en condiciones de definir la Universidad, siempre que la totalidad de ellos defina también la totalidad del conocimiento, y con independencia de su tamaño, salvo en números críticos que afecten su eficacia. Esto significa, por ejemplo, un número pequeño de Departamentos muy incluyentes o un número mayor de Departamentos más específicos.

Hacia el interior los Departamentos son indivisibles; no existen unidades menores salvo sus miembros considerados individualmente. Cualquier división es solo una forma de organización temporal del trabajo. Surgen así diversos equipos de investigación grupos de académicos realizando docencia y extensión, etc., pero ninguna de estas formas formas es permanente, en la medida que el Departamento se esfuerce por estimular su propia riqueza interior. La aparición de una situación de este tipo, un equi-

po que empezara a definir un campo propio y permanente de investigación con la totalidad de las funciones, sugeriría la aparición embrionaria de un nuevo Departamento, cosa perfectamente lícita.

Los Departamentos pueden relacionarse libremente entre si para constituir equipos de investigación, docencia y/o extensión de tipo interdepartamental, lo que es igual a decir de tipo interdisciplinario. La organización de equipos de investigación interdepartamental, por ejemplo, puede adquirir la forma de un programa de tiempo limitado o de tiempo ilimitado. En ambos casos, y cualquiera sea el nombre que se les dé. Institutos, Programas o Centros deben ser considerados elementos válidos de la estructura: los más ricos ya que contribuyen a aumentar su complejidad y potencialidad, y debe proveérselos de todas las garantías para su desarrollo. Lo mismo es válido en el terreno de la Docencia y la Extensión. Los programas docentes, en la medida que constituyen la forma más clara de interrelación disciplinaria, deben ser estimulados y fortalecidos. La eliminación de las Escuelas, por ejemplo, puede terminar por transformarse en un empobrecimiento artificial de la calidad de la Universidad. Por el contrario, la aparición de un numeroso programa de actividades docentes, de niveles y valores diferentes, algunos organizados en Escuelas, otros simplemente en Cursos y Programas, todos provistos de medios para su desarrollo, garantizará la calidad de la estructura. La gran diferencia con la situación actual reside en que cada Instituto de Investigación o de Extensión, o cada Escuela docente recibirá su alimento académico de los Departamentos, quienes lo estarán produciendo y organizando básicamente.

Los Departamentos cuya actividad los lleve a reconocer una preocupación común por campos del conocimiento o de la acción, complementarios, pueden llegar a organizar elementos intermedios de la estructura, sea con el nombre de Facultades u otro, sin renunciar por eso a su capacidad de relacionarse libremente con cualquier otro Departamento. Esto significa que cada Departamento puede encontrarse en varias situaciones simultáneamente: puede estar actuando aisladamente, puede haber establecido un nutrido programa de interrelaciones de investigación, docencia y extensión con numerosos otros Departamentos y estar por lo tanto participando de varios Institutos, Centros, Escuelas, Programas, etc.; puede estar también conformando una Facultad con otros Departamentos, puede estar conformando varias Facultades al reconocer varias afinidades, y puede no estar integrando ninguna a pesar de realizar todo tipo de programas de interrelación. Cada una de estas situaciones es válida y positiva, en la medida que reflejan situaciones propias de la complejidad del conocimiento y no una intención de esquematismo intelectual o de uso arbitrario de las relaciones de poder que esta complejidad origina.

La totalidad de los Departamentos geográficamente encontrados en un área definida constituyen una Sede completa de la Universidad, en la medida que cumplen con la condición de acotar la totalidad del conocimiento. Esta es la razón de contar con Departamentos más incluyentes o más específicos y no con una lista única de unidades.

Las Sedes tienen por objeto garantizar un tamaño óptimo para cada organización completa universitaria, lo cual implica evidentemente la exis-

tencia de varias Sedes, con una ventaja adicional para el pluralismo de la orientación de Departamentos que en Sedes distintas acoten el mismo campo.

Por sobre los Departamentos y Facultades deben existir organismos centrales de poder académico y administrativo cuya función principal es el mantenimiento de la complejidad de la estructura total. Cuerpos Ejecutivos, Legislativos, Administrativos y de Planificación, encargados de organizar las interrelaciones, autorizarlas, proponerlas, eliminarlas, etc., con suficiente poder para ello y de los cuales deben participar en un pie de igualdad las unidades universitarias, los Departamentos, y no solo sus representantes intermedios, las Facultades. Esto es válido tanto al nivel de las Sedes como al nivel de la Universidad total. La mantención a través de toda la estructura de un criterio de participación que haga recaer el poder en las bases universitarias, que reconozca el derecho a todos a participar jerarquizadamente en las decisiones, que mantenga en los organismos centrales la voz y la decisión de las unidades del conocimiento representadas por los Departamentos, es la garantía de la agilidad y ductibilidad política de esta estructura. En ello radica su posibilidad de cambio y adaptación.

### **Una estructura posible para la nueva Universidad.**

La posibilidad de lograr una estructura consecuente se ve limitada por la existencia de la estructura actual, provista de una gran inercia; y por una situación política y ambiental. En su conjunto frena el cambio y le da un sentido diferente, permitiendo alcanzar solo algunas de las formas nuevas deseadas.

Distinguimos dos tipos de situaciones: aquellas limitaciones y deformaciones grotescas introducidas a la estructura de la nueva Universidad como consecuencia de la incomprensión, el oportunismo y/o la lucha por el poder que inevitablemente aparecen como constantes en todo proceso de reforma; y aquellas limitaciones que son el producto de una realidad evidente e inevitable, sin segundas intenciones. Muestras del primer caso son, por ejemplo, la eliminación de los institutos y la organización de Facultades poderosas e impermeables, acordadas en los Plenarios de Reforma de la Universidad de Chile. Muestras del segundo caso, siempre en relación a la Universidad de Chile, son la dispersión geográfica de ella, incluso en los límites de una misma ciudad, la falta de experiencia en el trabajo integrado de investigación, docencia y extensión, etc.

Para los efectos de este trabajo describiremos la estructura que estimamos posible de alcanzar de acuerdo a la segunda situación. Con respecto a la primera, suponemos la existencia de un proceso de reforma aun no terminado cuya vitalidad deberá expresarse en correcciones de estas deformaciones.

El modelo de estructura posible que proponemos es el que resulta de desarrollar las contradicciones entre las definiciones teóricas que ha hecho el movimiento de reforma de la Universidad de Chile, muchas de las cuales se acercan al modelo de estructura consecuente, y las decisiones prácticas que se han tomado conducentes a definir una estructura aca-

démica. Veamos algunos ejemplos de estas contradicciones.

El movimiento de reforma ha declarado que el principio ordenador de la estructura académica universitaria debe fundamentarse en el proceso del conocimiento. En la práctica está adoptando un esquema que nace de las actuales Facultades profesionalista y carrerocéntricas, cuyo vigor no ha desaparecido y se hace sentir en la ordenación de la nueva estructura.

El movimiento de reforma ha declarado que la unidad básica de la estructura universitaria es el Departamento, definiéndolo tal como lo hemos hecho en la descripción de la estructura consecuente. En la práctica este Departamento no será resultado de una división orgánica del proceso del conocimiento, sino de una acumulación inorgánica de cátedras o una división arbitraria de unidades mayores, actualmente existentes, y que se encuentran en crisis por razones diversas. Será el resultado de las relaciones de poder actuales y de la búsqueda de mantener status, más que de un acotamiento válido y claro de los campos del conocimiento.

El movimiento de reforma ha declarado que aspira a la máxima riqueza de vinculaciones entre los Departamentos, y reclama relaciones de investigación, docencia y extensión entre ellos. Sin embargo crea Facultades poderosas e impermeables, obliga a los Departamentos a elegir solo a una de ellas como organismo superior, elimina las incorporaciones múltiples de los Departamentos a varias Facultades y elimina a los Departamentos independientes, los Institutos y las Escuelas, dejando solo precarios programas de vinculación desprovistos de medios para su desarrollo, como si aceptara a regañadientes la necesidad de esas relaciones.

Aquí reside lo fundamental. La contradicción mayor aparece como esta dificultad de aceptar la complejidad estructural de entenderla como positiva. En la práctica se ha definido nuevamente un esquema árbol, lineal, cuya pobreza ya hemos criticado. Potencialmente la nueva estructura Universitaria resultó tan mecánica, rígida y limitada como la anterior, y con tantas dificultades de adaptación como ella.

Pensamos que la contradicción existente entre lo que se postula y lo que se decide es tan evidente que la situación necesariamente tendrá que sufrir algunos cambios que la lleven a un óptimo. Son demasiados los resultados que se piden a una estructura que se está definiendo para que sea capaz de cumplir siquiera con las mínimas obligaciones de interrelación en el terreno docente, en la medida que permanecen vigentes las Facultades poderosas, siempre celosas de sus prerrogativas y desconfiadas de lo que se hace fuera de su control, reticentes a compartir su personal y sus equipos y con una gran carga profesional aún vigente en su contenido. Es esta contradicción la que nos autoriza a proponer una estructura posible que se acerque al óptimo, lo más posible a la estructura consecuente que la situación real de la Universidad en este momento permita.

La definición de esta estructura posible parte por establecer que tanto sus elementos como las vinculaciones entre ellos están en un proceso de transformación desde una situación de hecho, la que se está definiendo actualmente en la práctica, a una situación futura: la descrita teóricamente. El grado de énfasis que se ponga en esa definición teórica y la lucha que se libere en el seno de la Universidad para aclararla, llevarán este pro-

ccso a resultados positivos.

De acuerdo a esto, la estructura posible debe establecer que el principio ordenador de su sistema es el proceso del conocimiento, y simultáneamente aceptar las deformaciones que este sufra en la práctica en cuanto a método capaz de definir Departamentos. Lo más importante de esta etapa es el reconocimiento teórico del principio. La crítica conseguirá ir acercando paulatinamente la práctica a la teoría en la medida que se quiera ser consecuente.

Con el mismo carácter deben ser creados los Departamentos tanto si resultan productos del acotamiento de campos válidos del conocimiento como si son el resultado del juego de las relaciones de poder universitario. Nuevamente, lo más importante es la aparición de los Departamentos y la inevitable ordenación y vitalidad que aportarán al trabajo universitario, más la eliminación de las cátedras, cuya negatividad ya fue descrita. Pensamos que hacia el interior de los Departamentos será posible lograr el estado descrito como consecuente: equipos académicos de trabajo realizando actividades integradas en la investigación, la docencia y la extensión.

El establecimiento de vinculaciones interdepartamentales plantea una situación diferente y difícil. La estructura posible tendrá que incorporar a las Facultades configuradas de la manera ya descrita. Estas no surgirán del reconocimiento de campos afines y complementarios del conocimiento o de la acción, sino que, como resabios del anterior sistema, serán el producto de algunos ajustes formales de las antiguas Facultades profesionalistas, convirtiéndose por lo tanto en el mayor foco de rigidización de la estructura en el futuro inmediato. Pensamos que la manera de superar esta situación es aceptar estas Facultades, impulsando al mismo tiempo la creación de las Sedes Universitarias con el carácter de Universidades completas ya especificado, esto es, totalizadoras del proceso del conocimiento. A través de estas Sedes, provistas de organismos Ejecutivos, Legislativos, Administrativos y Planificadores, será posible enfatizar la necesidad de programas interdepartamentales de investigación, docencia y extensión, obligando a los Departamentos a relacionarse más allá de los límites de sus Facultades. El establecimiento de estas relaciones no se hará fácilmente en el estado actual de la definición estructural, y se necesitará la acción conjunta de la totalidad del sistema para obligar a que se produzcan.

Esta estructura posible se completa con la creación de los organismos Ejecutivos, Legislativos, Administrativos y de Planificación a nivel nacional, cuyo rol estructural es el mismo de las sedes, esto es estimular el aumento de la complejidad del sistema mediante el establecimiento obligatorio de programas interdepartamentales, decisiones políticas generales, etc.

El perfeccionamiento de esta estructura no es otra cosa que el aumento de su complejidad. En la medida que este proceso se vaya produciendo, se irán creando los vínculos necesarios entre los Departamentos que van a definir el paso de la estructura posible a la consecuente. La primera etapa importante deberá ser el reconocimiento de la calidad de ele-

mento estructural a todos los organismos y formas de interrelación, y el dotarlos de medios propios para su desarrollo. Surgirán así, con este carácter, Programas de investigación docencia y extensión, Escuelas, Institutos y Centros de trabajo interdisciplinario, cuya actividad elevará el nivel de las vinculaciones interdepartamentales, y en esa medida debilitará el poder de las Facultades, provocará su necesaria redefinición y la posibilidad de incorporar Departamentos en varias de ellas simultáneamente o de mantenerlos independientes cuando sus actividades lo requieran. Estos grados de mayor complejidad, por lo tanto, serán el producto de una lucha de la estructura universitaria por alcanzar su real definición

#### NOTAS:

- (1) Plan de Desarrollo de la Universidad de Chile, preparado por una Comisión de Planificación dependiente del Consejo Universitario y dirigida por el profesor Oscar Vera. Publicado por la Universidad de Chile en 1966-67.
- (2) Informe presentado por el profesor Ernesto Schiefelbein, a un seminario realizado en Junio de 1968 dedicado al tema "Un intento de Análisis Global de la Universidad Chilena", publicado en el Boletín N° 28-29 de Plandes, Julio-Octubre de 1968.
- (3) Informe Schiefelbein. Pág. 18.
- (4) Plan Vera. Pág. 27.
- (5) Artículo de T. J. Gordon aparecido en 1968 en los Cuadernos de la revista SUMMA, de Argentina. Reproducido en Chile por la revista DISEÑO, del Centro de Estudiantes de la Escuela de Artes Aplicadas.
- (6) Plan Vera. Pág. 61.
- (7) Osvaldo Sunkel: "Subdesarrollo y Dependencia: El marco conceptual de la Reforma Universitaria". Preparado para su publicación en el N° 6 de la revista PLANIFICACION, de Ivuplan.
- (8) Osvaldo Sunkel. ob. citada.
- (9) Osvaldo Sunkel. ob. citada.
- (10) Osvaldo Sunkel. Importancia de la Investigación en el papel Social de la Universidad. Documento presentado al Congreso de ASEC. 1968. Comisión Docencia, Investigación y Bibliotecas.
- (11) Amilcar O. Herrera. La Ciencia en el Desarrollo de América Latina. Revista "Estudios Internacionales". Abril-Junio 1968.
- (12) Amilcar O. Herrera. Ob. citada. Pág. 47. Cita a V. Urquidi: Obstacles to change in Latin América.
- (13) Amilcar O. Herrera. Ob. citada Págs. 49-50. Cita a C. F. Powell: The Science of Science. Penguin Books 1964. pág. 98.
- (14) Amilcar O. Herrera. Ob. citada. Pág. 51.
- (15) Amilcar O. Herrera. Ob. citada. Pág. 54.
- (16) Adix. Informe Comisión N° 2. Presidente Prof. F. Schwartzmann y secretario Prof. A. Cassigoli. Mimeógrafo. 1968.
- (17) Artículo publicado por Luis Izquierdo en la revista DILEMAS año II, N° 4. Septiembre de 1968. Ed. Universitaria.
- (18) Luis Izquierdo. Artículo publicado en la revista DILEMAS N° 2 Editorial Universitaria.
- (19) Ignacio González G. Artículo publicado junto al Informe Schiefelbein en el Boletín Plandes N° 28-29, en su definición de una Universidad nueva.
- (20) La inclusión de esta problemática definida por la acción del hombre apareció por primera vez, aparentemente, en el informe que presentó la Comisión de Reforma de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo a los Plenarios de Reforma de la Universidad de Chile, en Septiembre de 1968. El criterio se basa, a su vez, en parte de una ponencia presentada por el prof. René Urbina: "La enseñanza del Urbanismo" a la IV Conferencia Latinoamericana de Facultades y Escuelas de Arquitectura, en Lima 1967. Tal como aparece en este trabajo, hemos hecho una pequeña, pero importante, variación a ese criterio.